



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

EL TRATAMIENTO DE LA CUESTIÓN SOCRÁTICA



Tesis que para obtener el grado de licenciado en filosofía presenta
Gonzalo Villanueva Rangel.
Asesor de tesis: Licenciada Ma.
Areli Montes Suárez.

México, D. F. junio de 2000



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

EL TRATAMIENTO DE LA CUESTIÓN
SOCRÁTICA

GONZALO VILLANUEVA RANGEL

A la Facultad de Filosofía y Letras,
a sus profesores y alumnos.

"Sin embargo, les pido una sola cosa. Cuando mis hijos sean mayores, atenienses, castigadlos causándoles las mismas molestias que yo a vosotros, si os parece que se preocupan del dinero o de otra cosa cualquiera antes que de la virtud, y si creen que son algo sin serlo, reprochadles, como yo a vosotros, que no se preocupan de lo que es necesario y que creen ser algo sin ser dignos de nada." Platón, Apología 41e.

ÍNDICE

Introducción.....	4
I. La cuestión socrática.....	12
Generalidades.....	12
Pertinencia de la cuestión.....	17
Razones para abordar la cuestión.....	19
Honestidad y fidelidad de las fuentes.....	32
Aristófanes.....	33
Platón.....	36
Jenofonte y Aristóteles.....	40
II. El carácter de la cuestión socrática.....	44
Elementos para determinar el carácter de la cuestión socrática.....	44
Construcción y reconstrucción del Sócrates histórico.....	50
La construcción de Sócrates.....	60
El agrafismo socrático.....	66
III. El tratamiento de la cuestión socrática.....	73
Aspectos histórico y filosófico de la cuestión socrática...73	
Los comportamientos histórico y filosófico.....	83
Recursos en el tratamiento de la cuestión socrática.....	87
¿Cómo debe se tratada la cuestión socrática?.....	92
Conclusiones.....	99
Bibliografía.....	102

INTRODUCCIÓN

El tema del presente trabajo es el de la **cuestión socrática**. Entiéndase por cuestión socrática, todos aquellos problemas que han sido planteados en torno de la vida y el pensamiento de Sócrates y de la relación que existe entre ambos. Dicho tema presenta una peculiaridad; ha sido considerado como materia preferentemente histórica, e incluso como materia exclusivamente histórica, y ha sido relegado su aspecto filosófico. La investigación en torno al llamado Sócrates histórico, en su afán para dilucidar los aspectos históricos del filósofo ateniense, ha dejado al margen los aspectos filosóficos. Sin embargo, es la propia filosofía socrática la que puede contribuir a esclarecer lo relacionado con el Sócrates histórico. Es por ello que, contra lo que pudieran pensar la mayoría de los historiadores, considero que el tema del Sócrates histórico se encuentra inscrito dentro del marco de la filosofía socrática, el cual se halla, a su vez, dentro de los límites de la filosofía griega. Es de suma importancia no perder de vista lo anterior, ya que ello constituye una de las llaves que permiten el acceso adecuado al pensamiento de Sócrates.

El problema central de este trabajo es formulado de la siguiente manera: ¿Cómo debe ser tratada la cuestión socrática? Si la cuestión socrática fuera exclusivamente de carácter histórico, su tratamiento debería ser histórico y el problema planteado saldría sobrando. Pero lo que intento demostrar a lo

largo del trabajo es que la mencionada cuestión presenta, de manera paralela, un carácter filosófico; y no sólo eso, este último constituye el meollo de la cuestión socrática, es decir, que sólo a partir del esclarecimiento de los aspectos filosóficos de la cuestión será posible abordar adecuadamente los aspectos históricos. Así, la posible respuesta a la pregunta central es que la cuestión socrática debe ser tratada filosóficamente.

Escribir acerca de Sócrates constituye una tarea difícil y laboriosa, pero al mismo tiempo responde a la atracción que provoca todo enigma. Dicha tarea puede resultar una de las más arduas si se pretende considerar todo lo que ha sido escrito en torno al filósofo ateniense. La bibliografía del tema socrático es vasta* y la pretensión de abarcarla en su totalidad conduce por un camino bastante largo, si no interminable. Ese camino ha sido, generalmente, el preferido de los eruditos y los especialistas, quienes, es justo reconocerlo, tienen el mérito de conocer cada detalle y vericuetos del mismo. En ese aspecto, me encuentro en franca desventaja. Sin embargo, la manera como los eruditos realizan sus investigaciones no es, en modo alguno, única e incuestionable. Es por ello que adopto la actitud socrática y me confieso ignorante de las grandes obras de los especialistas al respecto. Así, no entraré en la discusión detallada de lo que en dichas obras se plantea. En defensa de lo anterior, debo decir que la intención del presente trabajo no es la de reproducir la discusión en torno al tema socrático; tampoco pretendo realizar un análisis exhaustivo con la

* Ver *infra*, p. 14.

finalidad de apoyar alguna postura en relación con el tema en cuestión. Simplemente intentaré plantear una propuesta que considere el tratamiento del tema socrático desde una perspectiva preferentemente filosófica, y no tanto histórico-filológica. Lo anterior implica que dicho tratamiento debe ser orientado por el camino de la sencillez y la claridad, apartándose de las complicaciones propias de la erudición.

Por otro lado, tampoco pretendo hacer descubrimientos, pues, como dice el refrán popular, "no hay nada nuevo bajo el sol". Efectivamente, no hay nada nuevo bajo el sol, pero sí hay caminos que aún no han sido explorados; tal vez no haya nada nuevo que agregar a lo que ya se ha dicho acerca de Sócrates, pero sí una nueva manera de decirlo. Si con este trabajo consigo incursionar en una nueva vereda, en esa medida estaré transitando por el camino de la filosofía. Después de todo, es precisamente ésa la tarea de la actividad filosófica, ¡abrir nuevos caminos!, y no tanto recorrer los que ya existen. Por último, debo aclarar que mi actitud no es resultado de la indiferencia en torno al valor del conocimiento de los eruditos o de sus obras, sino del ánimo de comenzar por lo más adecuado en filosofía, la duda y la pregunta. Además, me atrevo a afirmar que Sócrates procedería de la misma manera.

Así, el único punto de apoyo para comenzar el presente trabajo es la existencia de una cuestión socrática, es decir, comienzo por aceptar que el hablar de Sócrates representa, necesariamente, el planteamiento de numerosos problemas. La primera tarea de la filosofía consiste, aquí, en determinar el

adecuado planteamiento de tales problemas. Por ello, considero pertinente aclarar la distinción entre *dificultad* y *problema*. Permítaseme abrir un paréntesis con la finalidad de explicar dicha distinción.

Una dificultad es un obstáculo que debe ser superado de alguna manera; una vez que ha sido superado, el mismo permanece, no puede ser borrado o eliminado. Las dificultades no son susceptibles de solución, pero sí de superación. A partir de las dificultades se da el planteamiento de diversos problemas. Los problemas, por su parte, son las preguntas que surgen a partir de las dificultades; una vez que han sido resueltos, los problemas dejan de ser tales. Éstos sí son susceptibles de solución. Por último, la solución que se dé a un problema será, a su vez, el punto de partida para enfrentar nuevas dificultades.

Toda investigación debe enfrentar ciertas dificultades, las cuales son impuestas por la propia naturaleza del tema que es investigado. Los problemas que son planteados en una investigación no surgen espontáneamente, son originados a partir de las dificultades inherentes al tema investigado y se encuentran, por ello, íntimamente relacionados con aquéllas. Cuando en la investigación no existe una clara correspondencia entre las dificultades y los problemas o, lo que es peor, cuando se pasa por alto la distinción ya mencionada, resulta muy fácil perder el rumbo. La investigación del tema socrático no es, desde luego, la excepción y el resultado de esa confusión es toda una serie de cuestionamientos innecesarios y de falsos problemas, los cuales sólo contribuyen a oscurecer el tema

mismo. De igual modo, se abre paso a la especulación estéril y al planteamiento de cuestiones que poco ayudan a la filosofía. Con la finalidad de aclarar la distinción ya mencionada, considérese lo siguiente.

La primera, y seguramente la mayor, dificultad que debe enfrentar la investigación del tema socrático es la falta del testimonio escrito de Sócrates; el creador de la mayéutica no escribió el testimonio de su pensamiento. Este obstáculo, propio de esta investigación en particular, debe ser superado. Lo anterior no es susceptible de solución. El hecho de que Sócrates no haya escrito no es algo que se pueda resolver. El investigador debe aceptar el obstáculo mencionado y enfrentarlo con la intención de superarlo. Los problemas que se derivan de la dificultad mencionada pueden ser los siguientes: ¿Cómo realizar una investigación acerca del pensamiento de Sócrates cuando se carece de su testimonio escrito? ¿Cómo se puede conocer el pensamiento socrático? ¿Es posible conocer el pensamiento socrático?, etcétera. Los investigadores del tema socrático (Gomperz, Schleiermacher, Taylor, Burnet, entre muchos otros) han superado esta dificultad recurriendo al testimonio de quienes escribieron acerca del filósofo ateniense, Aristófanes, Jenofonte, Platón y Aristóteles, fundamentalmente. Aceptar dichos testimonios representa la posibilidad de solucionar los problemas que ya han sido mencionados y, al mismo tiempo, la necesidad de enfrentar una nueva dificultad.

La segunda dificultad consiste en que las tres fuentes más sobresalientes ofrecen una visión diversa acerca de Sócrates, es decir, constituyen tres interpretaciones en torno a la vida y

al pensamiento del mentor de Platón. Las coincidencias y divergencias que manifiestan estas fuentes han dado origen al planteamiento de problemas como: ¿Cuál de las tres fuentes es más confiable? ¿Cuál de las tres versiones es la más fiel? ¿Las fuentes son complementarias o excluyentes?, etcétera. La superación de esta segunda dificultad hace posible la solución de los problemas planteados y surge una nueva dificultad. Esta relación entre problemas y dificultades resulta invariable y no es difícil de comprender. Sin embargo, es muy frecuente la confusión de los términos señalados. Considero que dentro del ámbito de la investigación histórico-filológica se ha perdido de vista, en muchas ocasiones, lo anterior, lo cual ha dado como resultado algunos planteamientos inadecuados.

El trabajo está dividido en tres capítulos. En el primero, menciono algunos aspectos generales de la cuestión, como la importancia y la actualidad del pensamiento socrático, algunos de los problemas que han sido planteados en torno a Sócrates, algunas razones para ocuparse del tema socrático, un breve comentario sobre las fuentes. Dichos aspectos permiten introducir al lector en el tema y, al mismo tiempo, constituyen el antecedente que hace posible la determinación del carácter de la cuestión. En el segundo, menciono los elementos que permiten determinar el carácter de la cuestión socrática: a) todo es discutible dentro del tema socrático, b) discutibilidad no es sinónimo de incertidumbre, esto es, que todo sea discutible no quiere decir que no existan certezas en torno de Sócrates, c) la discusión del tema socrático debe ser orientada hacia la

construcción de la vida y el pensamiento de Sócrates. La cuestión socrática es insoluble. Una vez establecido el carácter de la cuestión, será posible determinar su tratamiento. En el tercer capítulo, procedo a resolver la pregunta central del trabajo. Para ello, menciono los aspectos del tratamiento histórico-filológico y los del tratamiento filosófico, que son los más sobresalientes. El objetivo es demostrar que el tratamiento filosófico debe ser la guía del tratamiento histórico-filológico. Finalmente, propongo una posible vía para el tratamiento filosófico de la cuestión socrática; un estudio riguroso en torno del agrafismo socrático puede contribuir a esclarecer el proyecto filosófico de Sócrates y, al mismo tiempo, su relación con la vida del filósofo ateniense.

Por último, debo aclarar que al elaborar este trabajo tuve que enfrentar algunas dificultades que se traducen en limitaciones del mismo, tales como: la bibliografía en español en torno de Sócrates es mínima, lo cual me ha obligado, en ocasiones, a recurrir a las interpretaciones que algunos estudiosos hacen de otros autores; la bibliografía en otros idiomas es prácticamente inaccesible, razón por la cual he tenido que limitarme a los pocos textos que existen en español. Lo anterior, como ya dije arriba, hace que mi trabajo no tenga grandes pretensiones en relación con los grandes estudiosos de Sócrates, a no ser la de encontrar una nueva manera para abordar el tema socrático. Además, debo señalar al lector que el trabajo que aquí se presenta no es una investigación de carácter histórico o filológico, sino filosófico. Por ello, no debe esperar grandes respuestas o descubrimientos en relación con el

tema socrático. Lo que sí podrá encontrar en este modesto trabajo son algunas dudas y cuestionamientos que considero pertinentes en torno del tema tratado.

I. LA CUESTIÓN SOCRÁTICA

Generalidades

Es innegable que Sócrates es un personaje peculiar dentro de la historia del pensamiento universal; tan peculiar que no le ha sido indiferente a todo aquel que se dedica a las humanidades y, en particular, a la filosofía. No existe filósofo que no sienta la necesidad de revisar una y otra vez cualquiera de los diálogos platónicos con la atención dirigida hacia la figura socrática, ya sea hacia sus ideas, ya hacia su personalidad, ya hacia su proyecto filosófico. Las palabras de Carlos García Gual, en el prólogo de *El proceso de Sócrates*, ilustran lo que representa este filósofo ateniense dentro de la historia de la filosofía:

Si Sócrates no hubiera hecho su defensa con ese su estilo tan personal, el jurado ateniense no le habría condenado a muerte, y esa muerte no hubiera suscitado el escándalo y las apologías de sus discípulos, y acaso entonces Platón no lo habría tomado como protagonista de sus *Diálogos*, y entonces la historia de la filosofía griega y occidental habría sido distinta. Que se condene a muerte a un viejo ágrafo y charlatán de escasa fortuna y dudosa relevancia pública mediante un juicio y un jurado democrático no parece, en principio, un motivo que vaya a tener unas resonancias muy largas. (1)

El estilo socrático, un estilo que consistía en utilizar las mismas expresiones que acostumbraba en el ágora, donde muchos lo habían escuchado (2). Simple y sencillamente, el estilo de la

1 Gregorio Luri Medrano. *El proceso de Sócrates*, p. 9. El prólogo de esta obra ha sido elaborado por el crítico literario Carlos García Gual.

2 Cfr. Platón. *Apología*, 17c.

autenticidad. En virtud de ese estilo tan personal, Sócrates representa, ni más ni menos, un momento crucial dentro de la historia de la filosofía y constituye, hoy día, un motivo de largas resonancias, tal como lo afirma García Gual. La figura socrática adquiere en estos tiempos una actualidad y una vigencia inusitadas, lo cual trataré de sustentar a lo largo de este trabajo. Consecuencia natural de lo ya mencionado es la gran cantidad de textos que han sido escritos acerca de este pensador ático, comenzando con la comedia aristofánica *Nubes*, y, desde luego, la existencia de numerosos problemas y cuestionamientos, de diversa índole, en torno a la vida y el pensamiento del mismo.

Dentro de la larga lista de problemas que han sido planteados en relación con el creador de la mayéutica es posible mencionar, de manera general, los siguientes: ¿Qué relación puede existir entre la vida y el pensamiento de Sócrates? ¿Por qué representa este filósofo un problema en esos dos aspectos? ¿Por qué constituye Sócrates por sí mismo un problema? ¿Es posible trazar un perfil histórico de Sócrates, el cual sea consistente? ¿Cómo influye dicho perfil en el aspecto filosófico? ¿Cuál puede ser la relación entre el llamado **Sócrates histórico** y el **Sócrates filosófico**? ⁽³⁾, etcétera. El afán de aclarar y explicar todo aquello que se refiere a la vida y al pensamiento del filósofo ateniense ha dado origen a lo que ha sido denominado como **cuestión socrática**.

3 Dentro del tema socrático es necesario considerar la distinción entre el **Sócrates histórico** y el **Sócrates filosófico**. Aunque existe una relación estrecha e indisoluble entre ambos, debe tenerse claro que no se refieren a lo mismo y que no deben ser tratados de igual manera. El primero se refiere al Sócrates que vivió en Atenas durante setenta años, que fue juzgado por impiedad y condenado a beber la cicuta, etcétera. El segundo se refiere al Sócrates creador de la mayéutica, buscador de la verdad, cultivador del alma, etcétera.

Ciertamente, lo que sucede con Sócrates no sucede con otros pensadores; su caso, más que ningún otro, es particularmente complicado, pero, a la vez, atractivo. Ha sido objeto de incontables investigaciones (4) y ha provocado los más variados comentarios en torno a su vida y a su relación con la actividad a la que se dedicó; actividad cuya práctica lo condujo a enfrentar la burla y la difamación, en un primer momento, y las acusaciones ante un tribunal, posteriormente. Al considerar la extensión de la bibliografía acerca de Sócrates, pudiera llegarse a la conclusión de que el tema socrático ha sido lo suficientemente discutido como para tener la osadía de agregar algo nuevo a lo que ya se ha dicho en torno al personaje central de los diálogos platónicos.

Es pertinente hacer notar que el agrafismo socrático (5) proporciona a la cuestión un sesgo muy particular. El hecho de que Sócrates no haya establecido por escrito el testimonio de sus ideas se ha traducido en la necesidad de recurrir a otros testimonios, lo cual supone una cuidadosa revisión debido a la diversidad que manifiestan. Lo anterior ha dado origen, y esto parece inevitable, a confusiones y a malas interpretaciones. Por ejemplo, se ha discutido ampliamente en torno a la línea que separa al pensamiento socrático del pensamiento platónico dentro de los diálogos. No es conveniente abordar esa cuestión en este

4 En su *Historia de la filosofía griega*, en el apartado dedicado a Sócrates, W.K.C. Guthrie señala que la bibliografía que aparece en la obra de V. Magalhães Vilhena, acerca del filósofo griego, ocupa casi cien páginas (dicha obra fue publicada en 1952). A dicha bibliografía habrá que añadir, desde luego, los trabajos que han sido publicados durante la segunda mitad de este siglo. Es fácil suponer, a partir de lo anterior, las dificultades que representa el tema socrático.

5 Considero que el agrafismo socrático constituye un factor determinante en el carácter de la cuestión socrática. Esto será comentado más adelante.

momento, pero, la pregunta que se intenta resolver es resultado de un planteamiento inadecuado. Lo cierto es, y esto parece ser algo que nadie podría negar, que Sócrates representa el punto de partida de la obra platónica, lo cual significa tanto como decir que sin Sócrates no habría filosofía platónica. Sin Sócrates, tiene razón García Gual, la historia de la filosofía seguramente habría sido diferente.

Por otro lado, las malas interpretaciones no están ausentes del tema socrático, aun dentro de las fuentes, lo cual, evidentemente, complica más la cuestión. Aristófanes confundió la actividad socrática con la sofística; Jenofonte consideró que Sócrates fue un ciudadano excepcional, pero las cuestiones filosóficas no se hacen presentes en su obra, o lo hacen de una manera superficial. Es justo mencionar que Aristófanes y Jenofonte no fueron filósofos, lo cual explica sus perspectivas; Aristófanes era comediógrafo y Jenofonte era militar. Platón logró una interpretación excelente del magisterio socrático, sin embargo, para poder llevar al cabo lo anterior, se vio en la necesidad de soslayar algo que constituye parte fundamental de la filosofía socrática, la idea de que la búsqueda del conocimiento debe ser dialogada y no por medio de un discurso escrito. Platón se vio obligado a escribir las ideas de Sócrates como medio para asegurar que su mentor fuese reconocido de manera permanente. Sócrates no hubiera recurrido al discurso escrito para filosofar; su actividad era ajena a la cultura libresca. Seguramente se percató del inconveniente que representaban los discursos escritos pues resulta en extremo fácil extraviarse en el pensamiento ajeno. Además, los discursos

escritos no contribuyen en modo alguno al propósito del método mayéutico que es, tal vez, aquello que está más identificado con un rasgo inherente de la personalidad socrática.

El método mayéutico se encuentra estrechamente relacionado con el temperamento socrático; la pregunta es el elemento propicio para la búsqueda de la verdad. Sócrates no es un solitario que busque el conocimiento en la reclusión de un cuarto de estudio; el filósofo ateniense es consciente de sí como miembro de la polis y, por ello, dirige su atención hacia los atenienses y gusta de discutir y debatir con ellos en el ámbito de la plaza pública.

Estos dos puntos, la filosofía como diálogo y como búsqueda colectiva, constituyen dos características distintivas de la filosofía socrática. Pero además, representan, al mismo tiempo, la reacción del filósofo dialéctico en contra de la manera de formar y educar a los hombres de su tiempo. Ya entonces, Sócrates logró percatarse de la inconveniencia de un conocimiento individual y en forma de monólogo. Veinticuatro siglos después del juicio que culminó con la condena a muerte del filósofo ágrafo, su actividad, su proyecto, su método, su filosofía, cobran una importancia capital pues la formación del hombre actual cada día está más alejada del ideal socrático de hacer mejores a los hombres (6).

6 En la actualidad, el hombre tiende cada vez más a formarse en el aislamiento; recluido en un cuarto y frente a una computadora, por ejemplo. Puede ser que, de esta manera, el hombre haya logrado avanzar con pasos agigantados en muchas áreas, pero la pregunta que queda por resolver es si éste ha avanzado de igual modo en el mejoramiento de sí mismo. Esto último constituye una de las preocupaciones centrales del socratismo. El aislamiento no puede contribuir a hacer mejores a los hombres.

Pertinencia de la cuestión

Una vez establecidos los aspectos generales de la cuestión socrática, es momento de hablar de su pertinencia. Si, como ya se ha dicho, pudiera pensarse que el tema socrático está lo suficientemente discutido y estudiado, y que tratar de agregar algo más a lo ya considerado constituye, en algún sentido, un esfuerzo destinado a no rendir mayor fruto pues no existe nada que no se haya dicho acerca del filósofo ateniense, surge la necesidad de contestar la pregunta ¿por qué ocuparse de Sócrates? o, más precisamente, ¿por qué seguir ocupándose (preocupándose, dirían algunos) de Sócrates? En realidad no sé si efectivamente la discusión del tema socrático está agotada, pero dirijo mi atención al Sócrates platónico y recuerdo las palabras que, en *Apología*, pronuncia para referirse a su *daimon*:

Quizá pueda parecer extraño que yo privadamente, yendo de una a otra parte, dé estos consejos y me meta en muchas cosas, y no me atreva en público a subir a la tribuna del pueblo y dar consejos a la ciudad. La causa de esto es lo que vosotros me habéis oído decir muchas veces, en muchos lugares, a saber, que hay junto a mí algo divino y demoníaco; esto también lo incluye en la acusación Meleto burlándose. Está conmigo desde niño, toma forma de voz y, cuando se manifiesta, siempre me disuade de lo que voy a hacer, jamás me incita. Es esto lo que se opone a que yo ejerza la política, y me parece que se opone muy acertadamente. (7)

Y más adelante, continúa:

La advertencia habitual para mí, la del espíritu divino, en todo el tiempo anterior era siempre muy frecuente, oponiéndose aun a cosas muy pequeñas, si yo iba a obrar de forma no recta. Ahora me ha sucedido lo

que vosotros veis, lo que se podría creer que es, y en opinión general es, el mayor de los males. Pues bien, la señal del dios no se me ha opuesto ni al salir de casa por la mañana, ni cuando subí aquí al tribunal, ni en ningún momento durante la defensa cuando iba a decir algo. Sin embargo, en otras ocasiones me retenía, con frecuencia, mientras hablaba. En cambio, ahora, en este asunto no se me ha opuesto en ningún momento ante ningún acto o palabra. ¿Cuál pienso que es la causa? Voy a decíroslo. Es probable que esto que me ha sucedido sea un bien, pero no es posible que lo comprendamos rectamente los que creemos que la muerte es un mal. Ha habido para mí una gran prueba de ello. En efecto, es imposible que la señal habitual no se me hubiera opuesto, a no ser que me fuera a ocurrir algo bueno. (8)

Así describe Sócrates a su espíritu disuasor y justifica, con ello, su presencia ante el tribunal. El *daimon* socrático se manifestaba para disuadir al filósofo y no para incitarlo. De igual manera, y aunque ello pudiera parecer una pretensión personal desmedida, no encuentro yo, en este momento, ninguna oposición interna que me disuada de comenzar la aventura del presente trabajo, la búsqueda de Sócrates. Las palabras del Sócrates platónico constituyen la mejor justificación a la que puedo recurrir. Con base en lo anterior, este trabajo es un esfuerzo para indagar lo relacionado con la vida y el pensamiento de aquel a quien Platón llamó "el más justo de los hombres de su época" (9). Si después de haber recorrido el camino se llega a la conclusión de que lo único que se sabe del filósofo ateniense es que no se sabe nada, ello, no necesariamente, significará que se haya perdido el tiempo o que la búsqueda haya resultado infructuosa; de alguna manera, se contará con un elemento para cuestionar a algunos especialistas

8 *Ibid.*, 40a

9 Cfr. Platón. *Cartas*, VII, 324e

que han pretendido decir la última palabra al respecto. Si tal es el resultado, quedará aún la tarea de asignarle una orientación filosófica pues no son lo mismo el no saber del erudito y el no saber del filósofo. Por ello, la búsqueda de Sócrates debe comenzar por la aceptación de que el personaje central de los diálogos platónicos constituye una gran incógnita. El reto personal, en este caso, consiste en conservar la convicción filosófica y abordar el tema socrático a la manera como Sócrates lo hubiese hecho, partiendo del reconocimiento de la ignorancia en torno a la vida y al pensamiento del mentor de Platón y, por otra parte, planteando las preguntas adecuadas, aun con el riesgo de ser objeto de la burla y el vituperio de los especialistas en el tema.

Razones para abordar la cuestión

Es posible mencionar un gran número de razones menos personales para ocuparse del tema socrático, pero, por el momento, sólo destaco las siguientes tres: a) Existe una estrecha relación entre el actuar y el pensar socráticos, b) Sócrates es un pensador que influye de manera decisiva en el desarrollo de la filosofía, c) Sócrates puede ser considerado como el pensador más enigmático de la historia de la filosofía. A continuación, procedo a explicar cada una de ellas.

a) La relación que existe entre el pensar y el actuar socráticos es muy estrecha. Según las palabras de Eduard Zeller:

No hay filósofo cuya importancia científica esté más íntimamente vinculada a su personalidad que lo que ocurre con Sócrates, pues aun cuando todo sistema

filosófico es principalmente la obra de esa persona determinada, explicándose por consiguiente a base de su peculiar modo de ser, trayectoria de su formación, sus destinos y relaciones, hay otros filósofos en que los frutos de su actividad científica se desprenden más fácilmente del tronco que los sustentara, y cuya doctrina puede ser adoptada sin variación esencial y continuada por otros de personalidad muy diferente. En cambio, eso no es posible del mismo modo con Sócrates. (10)

Esa estrecha relación es una invitación para todo investigador. ¿Qué clase de persona es aquella que, aun frente a la muerte, decide ser congruente y actuar de acuerdo con lo que piensa? Evidentemente, alguien muy peculiar, alguien que posee la inquebrantable convicción de que el pensar y el actuar forman una unidad.

Ahora bien, ¿cuáles son los factores que influyen en la formación de esa persona? Además de los factores históricos y sociales, existe algo que es determinante en el caso particular de Sócrates; la **vocación**. Es esa especie de llamado divino, que Sócrates consideraba superior a sí mismo, lo que hace del filósofo ateniense un personaje atractivo para la investigación. Posiblemente las ideas socráticas no impresionan tanto como la disposición del pensador ático para la búsqueda de la verdad. De cualquier manera, parece ser que, efectivamente, el socratismo sólo pudo haber sido encarnado por alguien como Sócrates.

b) Sócrates representa un momento crucial dentro de la historia de la filosofía; es a partir de su pensamiento que es posible trazar una línea divisoria, tal vez la más significativa, que marca el inicio de una nueva etapa en el desarrollo de la actividad filosófica. Sócrates es el más claro

ejemplo de la vida consagrada a dicha actividad y ésta bien puede ser considerada en dos grandes épocas o períodos (así como históricamente se habla de la época anterior a Jesucristo y la época posterior), la actividad filosófica anterior a Sócrates y la posterior al mismo. En *Sócrates y el pensamiento griego*, Francis M. Cornford habla del papel determinante que desempeña Sócrates dentro del ámbito de la filosofía griega (11); yo me permito hacer extensivas sus observaciones a la historia del pensamiento universal. Es este filósofo quien introduce un novedoso método para pensar y buscar la verdad; su mérito no se halla en el preguntar como tal, sino en el planteamiento de la pregunta adecuada, en el saber preguntar. Lo anterior puede ser advertido a lo largo de toda la obra platónica. Por ejemplo, cuando Menón quiere saber si la virtud es enseñable o no y cómo se adquiere la misma, Sócrates insiste en que antes de contestar esa pregunta se debe resolver la cuestión de la definición de la virtud (12). Si no se sabe preguntar no es posible la búsqueda de la verdad. Situaciones como la que surge con Menón pueden ser ubicadas en numerosos diálogos. Tal es, entre otras, una de las aportaciones más significativas de este filósofo, la cual constituye el germen de toda filosofía posterior y, al mismo tiempo, confiere a Sócrates el título de filósofo. De cualquier manera, considero pertinente abrir un pequeño paréntesis con la finalidad de elaborar un argumento para demostrar que Sócrates merece, tal vez más que ningún otro, el título de filósofo.

Es del todo cuestionable el comentario de Heinrich Maier,

11 Cfr. Francis M. Cornford. *Sócrates y el pensamiento griego*.

12 Cfr. Platón. *Menón*, 70a

citado por John Burnet en *Doctrina socrática del alma* (13). Dice Maier que "[...] Sócrates no fue un filósofo en el sentido genuino del término, sino sólo un maestro de moral con un método particular muy suyo, el de la **protréptica dialéctica**" (14). El contexto dentro del cual Burnet cita a Maier, es necesario aclararlo, es el de la discusión en torno a la historicidad de Sócrates. Maier considera que el Sócrates histórico debe ser ubicado en *Apología*, *Critón* y el discurso que pronuncia Alcibiades en *Banquete*, y que, a partir de dichos textos, es posible concluir que Sócrates no es un filósofo propiamente dicho. La conclusión de Maier se sostiene en el hecho de que el Sócrates que aparece en esos escritos carece, según él, de un sistema propio. No es pertinente, aquí, entrar en la discusión de la historicidad de las fuentes sobre el filósofo en cuestión; lo que quiero destacar es la idea del creador de la mayéutica como un simple maestro de moral, con la finalidad de hacer justicia al pensamiento socrático.

No cabe duda que es posible concluir que Sócrates careció de un sistema propio si se le compara con otros filósofos como Platón o Aristóteles, por ejemplo. Pero dicha comparación resulta inadecuada si se considera el movimiento histórico; y resulta más inadecuado aún pensar que Sócrates, en virtud de lo anterior, no es un filósofo, tal como dice Maier, en el sentido genuino del término. ¿Cómo es posible instalarse en el terreno de una discusión histórica ignorando el mismo desarrollo histórico, y juzgar el carácter de la filosofía socrática en relación con un momento histórico que le es ajeno? Juzgar la sistematicidad

13 Conferencia pronunciada por John Burnet en la Academia Británica (título original: *The Socratic Doctrine of the Soul*).

14 John Burnet y Alfred E. Taylor. *Varia socrática*, p. 14

de la filosofía socrática a partir de lo que la filosofía ha sido posteriormente, constituye un procedimiento que viola los criterios históricos elementales.

¿Será adecuado decir que la obra platónica no es una obra lógica en el sentido genuino del término en virtud de que la lógica, como tal, aún no surge en ese momento histórico, sino posteriormente, con Aristóteles? Cualquier filósofo tendría sus reservas ante tales afirmaciones. Es cierto que en la obra platónica no existe aún una lógica sistematizada, pero, finalmente, constituye el fundamento del cual partió el filósofo estagirita para sistematizarla. Por otro lado, recuérdese que al iniciar este capítulo se mencionó que el pensamiento de Sócrates es el antecedente de la filosofía platónica. Así, puede ser que la filosofía socrática no cumpla con los requisitos para ser considerada como un sistema, pero constituye el germen de la filosofía posterior. De cualquier manera, es digna de ser considerada la idea de una sistematicidad peculiar en el pensamiento socrático; sistematicidad que se limita exclusivamente al aspecto metodológico. Por el momento, no profundizaré en esta última idea, sólo la menciono como una posibilidad.

En todo caso, Maier no ha comprendido en absoluto el carácter de la filosofía socrática y tiene la necesidad de juzgarla en relación con otros sistemas diferentes (no me sorprendería que haya tenido en mente a Kant o a Hegel). Pero bien, con todo lo anterior, concédase que Sócrates careció de un sistema propio; ello no resta en lo más mínimo su carácter de filósofo. Comentaré, por el momento, que el pensamiento socrático se halla

presente, en mayor o menor medida, en toda filosofía. Si existe algo de lo que son deudores todos los sistemas posteriores, ello es el carácter metodológico de la filosofía socrática. Puede ser que Sócrates no haya logrado consolidar, en opinión de Maier, un sistema propio, pero sí desarrolló el fundamento sobre el cual ha sido construida toda la filosofía posterior. Por otro lado, por qué no pensar que la intención del creador de la mayéutica no era la de desarrollar un sistema, tarea reservada, como seguramente pensó Maier, a los grandes filósofos, sino la de cuestionar el fundamento de todo sistema, labor que está más de acuerdo con alguien que no es propiamente un filósofo. Agréguese a lo dicho hasta aquí, que Sócrates continúa cumpliendo, hoy día, su misión de agujonear, como una especie de tábano, a todo aquel que, como un caballo grande y lento, se muestra reticente hacia la filosofía y el conocimiento ⁽¹⁵⁾. Y permítaseme, aquí, ser aún más radical de lo que fue Maier; para percatarse del carácter de genuino filósofo de Sócrates no se requiere ir más allá de *Apología*. Es, de manera obligada, el texto que introduce al pensamiento socrático y que muestra el sentido de la filosofía en general. Su lectura tiene el peculiar poder para despertar aquello que el mismo Sócrates llamó **vocación**; quien se muestra indiferente a dicho diálogo no tiene, definitivamente, madera de filósofo, y quien no logra percibir lo que representa Sócrates para la filosofía debe releerlo con atención. Dicho diálogo constituye el germen de la iniciación filosófica; es el texto filosófico por excelencia. Piénsese, por un instante, que Platón hubiese escrito únicamente el texto

15 Cfr. Platón. *Apología*, 30e

mencionado; seguramente la figura socrática seguiría conservando la fuerza que despierta la vocación filosófica. Afirmo que es en ese diálogo donde se encuentra el mayor sentido a la filosofía socrática y a la filosofía en general. Todas las dudas que pueden presentarse en relación con la propia vocación, en el ir y venir de la formación de un filósofo, pueden ser dilucidadas con su lectura. A continuación, considerando el diálogo *Apología* como único punto de referencia, procederé a realizar una aproximación al pensamiento socrático con la finalidad de demostrar que Sócrates debe ser considerado filósofo; y no sólo eso, debe ser considerado uno de los más grandes filósofos que la humanidad haya conocido.

En primer término, el texto en cuestión bien puede ser considerado como una defensa de la actividad filosófica, y no tanto como una defensa de la persona de Sócrates; las palabras del filósofo son las de alguien que defiende a la filosofía antes que a sí mismo. Para Sócrates es más importante la actividad filosófica que su propia vida, según sus palabras:

En el puesto en el que uno se coloca porque considera que es el mejor, o en el que es colocado por un superior, allí debe, según creo, permanecer y arriesgarse sin tener en cuenta ni la muerte ni cosa alguna, más que la deshonra. En efecto, atenienses, obraría yo indignamente, si, al asignarme un puesto los jefes que vosotros elegisteis para mandarme en Potidea, en Anfípolis y en Delion, decidí permanecer como otro cualquiera allí donde ellos me colocaron y corrí, entonces, el riesgo de morir, y en cambio ahora, al ordenarme el dios, según he creído y aceptado, que debo vivir filosofando y examinándome a mí mismo y a los demás, abandonara mi puesto por temor a la muerte o a cualquier otra cosa. (16)

En realidad, existe, en este diálogo, poca información en torno a la vida y la personalidad del filósofo ateniense; sin embargo, en relación con su pensamiento, existe la información necesaria para trazar un perfil detallado de su actividad, que es, finalmente, lo más relevante dentro del ámbito filosófico.

El modo de hablar de Sócrates está íntimamente relacionado con su pensamiento; el discurso filosófico debe ser sencillo, a diferencia de otro tipo de discurso que busca impresionar por medio de bellas palabras ⁽¹⁷⁾.

Por otro lado, la fama de Sócrates ⁽¹⁸⁾ es la fama de todos los filósofos; tradicionalmente se les acusa de investigar lo que no deben (en el mejor de los casos, pues en ocasiones se piensa que su actividad es del todo inútil y carente de sentido) y de elaborar argumentos que destruyen aquellos que son aceptados como verdaderos. De aquí surgen las ancestrales acusaciones contra todo aquel que practica la filosofía, lo cual parece inevitable. Los detractores de la filosofía pueden ser reducidos a dos clases, según el diálogo *Apología* ⁽¹⁹⁾: los que difaman al filósofo y los que lo acusan de hecho.

Sócrates dice no ser maestro de nadie ⁽²⁰⁾. Sócrates no enseña, no instruye (por lo menos de manera convencional); lo que hace es sacar a la luz las deficiencias y los errores de sus interlocutores. No enseña la verdad pues no la conoce, sólo cuestiona aquello que se tiene por verdadero e incuestionable. Si se quisiera encontrar un paralelo de la actividad socrática en una actividad actual, sería posible pensar que, hoy día, la

17 Cfr. *Ibid.*, 17c

18 Cfr. *Ibid.*, 18b

19 Cfr. *Ibid.*, 18d

20 Cfr. *Ibid.*, 19e

función que desempeña el profesor es la que más se acerca a la primera. Entiéndase por profesor, en este caso, el que profesa la actividad de ayudar al alumno a descubrir por cuenta propia sus capacidades, y no la de enseñarle o transmitirle sus conocimientos. Recuérdese que Sócrates no proporciona respuestas; elabora preguntas para que sus interlocutores busquen la verdad. El papel del alumno, por otro lado, es el de comprender lo anterior y no pretender que el profesor es quien enseña; de lo contrario, se establecerá otro tipo de relación entre ambos, la de maestro-discípulo. En esta última, el maestro es el que enseña y el discípulo es el que espera de aquél la transmisión de algún conocimiento. Sócrates, definitivamente, se manifiesta en contra del binomio maestro-discípulo, lo cual constituye, para la época en que vivió, toda una innovación. Considerar que la actividad educativa es un trabajo de búsqueda del conocimiento y no sólo de recepción del mismo. El verdadero profesor de filosofía no debe convertir a sus alumnos en discípulos; debe conservar el espíritu de la actividad filosófica haciendo que el alumno busque el conocimiento por cuenta propia, debe despertar la vocación filosófica en el alumno. Sócrates, con su método, se pronuncia en contra del modelo tradicional de enseñanza en el cual el discípulo se limita a recibir el conocimiento que le transmite el maestro; debido a ello, fue acusado de corromper a la juventud. ¿En qué medida la actividad filosófica actual, lo mismo que toda actividad educativa, no ha logrado superar esa forma tradicional, en vísperas del siglo XXI? Esta es una cuestión que no cabe resolver en este trabajo; sin embargo, con su

planteamiento pretendo destacar la actualidad del pensamiento socrático y, por otro lado, señalar que el filósofo ateniense continúa poniendo en jaque a cualquiera que, creyendo ser filósofo sin serlo, no pasa de ser un transmisor de conocimiento, y, en muchos casos, transmisor de conocimientos ajenos. Es tarea del filósofo actual comprender y recuperar el sentido de la filosofía socrática.

El saber socrático es propio de la naturaleza del hombre ⁽²¹⁾. Lo propio del hombre es la pregunta, más que la respuesta. Sócrates elabora preguntas, y no tanto respuestas. Si se observa la actitud natural del niño, es posible percatarse de lo anterior. Para el niño es importante preguntar, más que obtener una respuesta correcta o adecuada; es por medio de la pregunta que el niño aprende a conducirse frente a los demás. Sócrates ha sido capaz de conservar, a sus setenta años, esa actitud natural; en realidad, el hombre (sin importar su edad) que se dedica a la filosofía debe comenzar por recuperar dicha actitud.

La filosofía no debe ser exclusiva de alguna edad en particular. ¿Por qué no aprovechar esa disposición natural y desarrollar en los niños la vocación filosófica? Ello implica, naturalmente, el cuestionamiento y la polémica en torno a los fundamentos de la cultura occidental, la cual atrapa al individuo en la red de la relación maestro-discípulo y de la cual realmente pocos logran escapar. Sócrates lo hizo en su momento; la actividad socrática es un constante poner a prueba las formas tradicionales de enseñanza. Actualmente, dichas formas continúan agobiando a quienes buscan el conocimiento.

21 Cfr. *Ibid.*, 20d

Pareciera que en veinticuatro siglos las condiciones no han variado mucho; los catedráticos de las universidades persisten en transmitir conocimientos antes que promover en los alumnos la disposición para investigar por cuenta propia. El socratismo, pues, adquiere vigencia y actualidad como un pensamiento que cuestiona y que busca la transformación de esa manera tradicional de formar a los individuos.

Lo anterior, sin embargo, coloca en riesgo la integridad de todo aquel que practica la actividad filosófica; Sócrates es el más claro ejemplo ⁽²²⁾. Los que creen saber se irritan con facilidad al ser cuestionados y al ponerse al descubierto su ignorancia. ¿Quiénes son esos? A lo largo de la historia han sido, tradicionalmente, aquellos mismos que acusaron a Sócrates: los políticos y los moralistas; en general, todos aquellos que ostentan viejas formas de moral y de saber, los que pretenden conducir a la ciudad sin conocerse a sí mismos, sin percatarse de que no saben y sin darse cuenta que el filósofo es el mayor benefactor de la sociedad. Son ellos los que han difamado y acusado a los filósofos y no hay razón para pensar que esto dejará de suceder, pues es muy difícil arrancar a los hombres la imagen que tienen del filósofo ⁽²³⁾.

¿Qué se puede concluir de este pequeño acercamiento al diálogo *Apología*? Posiblemente Sócrates no sea el más grande filósofo, o el más sistemático, o el más sofisticado; pero es, no cabe la menor duda, el más grande impulsor de la vocación filosófica, el cual, a veinticuatro siglos de su muerte, sigue cumpliendo con su encomienda divina de interrogar, examinar y

22 Cfr. *Ibid.*, 21e

23 Cfr. *Ibid.*, 24a

refutar a los hombres, jóvenes o viejos, persuadiéndolos de no ocuparse ni de los cuerpos ni de los bienes antes que del alma, a fin de que ésta sea lo mejor posible ⁽²⁴⁾. En lo personal, cada vez que dudo del sentido de la actividad filosófica y de la propia vocación, encuentro y reencuentro en una lectura más de dicho diálogo la renovación de mi interés por la filosofía. Sócrates es, en definitiva, un filósofo en toda la extensión del término. Maier se precipitó en sus conclusiones en torno al carácter filosófico del pensamiento socrático; seguramente su lectura de *Apología* se orientó más al aspecto histórico-filológico y pasó por alto los detalles que son relevantes para la filosofía.

Desde luego que acerca del diálogo mencionado hay mucho que decir y comentar; pero el propósito de este pequeño esbozo no es, de ninguna manera, agotar la discusión, sino mostrar el posible rumbo que debe adoptar la cuestión socrática, el rumbo de la filosofía. Si Maier, a partir de las fuentes que propone, concluye que Sócrates no es un filósofo en el sentido genuino del término desde la perspectiva histórica, lo cual considero un error, dentro del ámbito filosófico se concluye que el filósofo ateniense ha sido y será la piedra angular de la filosofía.

c) Sócrates bien puede ser considerado (más que ningún otro pensador) como un gran enigma, como un acertijo que llama poderosamente la atención de todo aquel que se hace llamar filósofo, y aún de los que no lo son. Pero, el hecho de que Sócrates sea, hoy día, un enigma no es tan sorprendente como el que lo haya sido incluso para sus contemporáneos. Esto es

crucial dentro del tratamiento de la cuestión y debe ser considerado con seriedad. Dice Antonio Tovar:

[...] mucha gente, y de la que le rodeaba más de cerca, no había entendido a Sócrates, y no sabía distinguirle de los sofistas. Así estos discípulos que no habían acertado a distinguir el carácter no práctico de las enseñanzas socráticas, ni a percatarse de que la ciencia que Sócrates enseñaba no podía darse nunca por aprendida. La inseguridad y el problematismo eran cosas que repugnaban a los sofistas, gentes, al fin y al cabo, de las que se suele llamar prácticas. (25)

Lo anterior puede ser percibido, en mayor o en menor grado, en las obras de quienes lo conocieron. Es un error pensar, por ejemplo, que la obra platónica es el reflejo fiel de la vida y el pensamiento de Sócrates. Pero sí es posible llegar a la conclusión de que Platón, por diversas circunstancias, fue quien mejor lo comprendió. Así pues, los testimonios de Aristófanes, Jenofonte y Platón (26) son resultado del ánimo por explicar la vida y el pensamiento del filósofo. El testimonio de Aristóteles (27), para muchos de gran valor, merece ser comentado aparte en tanto que el filósofo estagirita no conoció personalmente a quien él mismo hubiese reconocido el mérito de ser el creador del concepto. No es posible, aquí, abordar la discusión en torno a la fidelidad histórica de dichas fuentes; sin embargo, es inevitable el comentario, por lo menos de manera breve, de las mismas.

25 Antonio Tovar. *Vida de Sócrates*, p. 256

26 La versión aristofánica de Sócrates se encuentra en la comedia *Nubes*. La versión que proporciona Jenofonte acerca de Sócrates se encuentra, fundamentalmente, en *Recuerdos de Sócrates*, *Banquete* y *Apología*. El Sócrates platónico se encuentra en los llamados *diálogos socráticos*.

27 El testimonio aristotélico acerca de Sócrates se encuentra en *Metafísica*.

Honestidad y fidelidad de las fuentes

En primer término, es necesario establecer que los tres testimonios mencionados constituyen una visión honesta en torno a Sócrates, aunque no necesariamente fiel. No se debe confundir la honestidad con la fidelidad. El testimonio fiel es aquel que refleja de manera exacta y verídica un acontecimiento; el testimonio honesto es el que refleja el sentimiento que provoca el acontecimiento. Al aceptar los testimonios mencionados se presupone su honestidad, es decir, el reflejo del sentimiento que provocó el acontecimiento (en este caso, Sócrates); de lo contrario, sería superflua toda conclusión acerca de ellos. Es natural y perfectamente comprensible que Sócrates haya despertado sentimientos diversos en tres personalidades diferentes y el resultado se manifiesta en otras tantas obras que lo reflejan de distinta manera. A partir de lo anterior, pues, es posible dudar de la fidelidad de los mismos, es decir, del reflejo exacto y verídico del acontecimiento.

Por otra parte, no existe razón consistente para dudar de la honestidad de dichos testimonios, pues, como ya se dijo, es explicable que exista una percepción diferente en cada uno de ellos. En ese sentido, doy crédito a la honestidad de los mismos, mas no a su fidelidad. Por último, hago notar que dar crédito a la honestidad de un testimonio no quiere decir, necesariamente, que se esté de acuerdo con él. Con esto me refiero, específicamente, al testimonio de Aristófanes, pues algunos investigadores han llegado a la conclusión de que debe ser considerado como una deformación de la figura

socrática; pero, además, se ha pensado, en ocasiones, que dicha deformación es malintencionada. Por el momento, mi propósito es considerar las tres fuentes más conocidas como material para el estudio del tema socrático, a pesar de que, en lo personal, pudiera existir desacuerdo en torno a lo que alguna de ellas manifieste, lo cual explico a continuación.

Aristófanes

Aristófanes manifiesta su desconcierto en relación con la actividad socrática; para él es muy difícil concebir a un hombre que, apartándose de los preceptos morales tradicionales, se comporta como un joven imberbe. Para cuando el comediógrafo escribió *Nubes*, Sócrates contaba aproximadamente con cuarenta y siete años de edad. Aristófanes seguramente se percató de que las preocupaciones socráticas apuntaban directamente hacia el cuestionamiento de la actitud moral de los hombres de su tiempo, lo cual representaba, desde luego, cierto peligro para la estabilidad moral de la ciudad. Aristófanes recibió una educación tradicional ⁽²⁸⁾ y debido a ello es posible adivinar que su intención en la comedia *Nubes* no era, en modo alguno, encontrarle sentido a la actividad socrática; pero no pudo escapar al influjo de dicha actividad y al desconcierto que provocaba el filósofo. Su comedia se orientó hacia la denuncia, por medio de la burla si se quiere, del peligro que representaba su contemporáneo Sócrates. Existen opiniones encontradas en relación con la versión que el comediógrafo ofrece del filósofo;

28 Cfr. Luis Gil Fernández. *Aristófanes*, p. 12

la mayoría de los investigadores (Gigon, Wilamowitz, Gomperz, entre otros) ha considerado que el Sócrates aristofánico es una clara deformación del Sócrates real, lo cual es resultado de la propia esencia de la comedia griega y, para otros (Taylor y Burnet, por ejemplo), es posible percibir en dicha comedia elementos que pueden contribuir a elaborar un perfil confiable del Sócrates real; aunque, es necesario aclararlo, aceptan el testimonio aristofánico sólo como una confirmación del testimonio platónico. No voy a entrar aquí en esa discusión. Si la intención de Aristófanes era deformar, incluso de manera malintencionada, la figura socrática por medio de la comedia es algo prácticamente imposible de establecer con certeza.

Quienes consideran *Nubes* como una deformación, naturalmente tienden a rechazar dicho testimonio como elemento para dilucidar lo relacionado con la vida y el pensamiento de Sócrates. Sin embargo, es necesario tener presente la importancia de la comedia dentro de la cultura griega. Tampoco voy a abundar en lo anterior; solamente diré que la comedia constituye uno de los pilares de dicha cultura y, partiendo de ello, estimo que, independientemente de los motivos personales de Aristófanes, si es que los hay, el comediógrafo en cuestión puede ser considerado como un hombre comprometido con la sociedad a la que perteneció y que, advirtiendo el peligro que representaba la actividad socrática, lo denunció por los medios a su alcance, su comedia. Apoyo mi comentario en torno a Aristófanes en un estudio de Luis Gil Fernández, el cual dice, entre otras cosas:

De las consideraciones anteriores se desprende que lo cómico entraña siempre un componente intelectual de observación y enjuiciamiento de la realidad, seguido

de una toma de postura frente a la misma, condicionada por la propia ideología. Y esta toma de postura previa al acto literario, este substrato crítico de cada pieza, la "idea crítica" en suma, no es un puro producto de la fantasía creadora, sino el resultado de un proceso discursivo, aunque determinado en su sesgo axiológico por las convicciones firmes del poeta. La "idea crítica" es la noción que éste se ha formado sobre una situación de gravedad que afecta por igual a todo el cuerpo ciudadano. Se manifiesta en el comienzo de la pieza, evidenciándose en su final el sentido en que quisiera ponerle un remedio. Esta idea crítica, sin la cual el tema cómico sería imposible, es la de Aristófanes como ciudadano y no es excesivamente original. Su norma, tanto en los temas referentes a la educación como a la estética o a la política, no es otra que el sentido común y, por ello, no se destaca con suficiente nitidez por su misma vulgaridad. Aristófanes no es un pensador político, ni un teórico de la educación, ni un filósofo moral. Por tanto, no se pueden esperar de él ni arengas, ni sermones, ni silogismos. Más aún, la índole misma de el género que cultiva le obliga a ocultar, como dijimos, el trasfondo de seriedad del mensaje que quiere transmitir al público. De ahí que a veces resulte ambiguo. Pero concluir de esa cierta ambigüedad que Aristófanes carecía de convicciones firmes, por ejemplo, en política, sería erróneo. (29)

Se puede simpatizar o no con la obra aristofánica, pero ello no significa que se deba rechazar su testimonio, el cual puede ser considerado como esencialmente honesto. De cualquier manera, la pregunta que cabe resolver no gira en torno a la confiabilidad del testimonio de Aristófanes; lo que se debe aclarar es cómo debe ser tratado y evaluado; él, según Tovar, "[...] no respeta con su risa ni a dioses ni a hombres, pero que, no obstante esto, siente con profunda seriedad que hay un fondo último que ha de ser respetado" (30). Lo anterior permite concluir que el Sócrates de *Nubes* es realmente aquel que fue percibido por Aristófanes, un Sócrates que representaba un claro

29 *Ibid.*, p. 19

30 Antonio Tovar. *Op. cit.*, p. 58

peligro para la moral establecida.

Para finalizar con Aristófanes, se debe tener en cuenta, también, que el comediógrafo, como ya se mencionó, no logró percatarse de la diferencia entre la actividad socrática y la sofística, pero ello, en última instancia, carecería de importancia; simplemente Sócrates, fuera filósofo o sofista, representaba un peligro para la moral establecida en la ciudad. Lo anterior no es un elemento en contra de la honestidad de Aristófanes; es, a lo sumo, testimonio de su ignorancia, la cual, después de todo, era compartida por la mayoría de sus contemporáneos.

Platón

En relación con la obra de Platón, la cual ha sido considerada por algunos estudiosos, Burnet y Taylor por ejemplo, como la única fuente confiable en materia histórica, se debe reconocer que el enigma socrático continúa flotando por todos los diálogos. Platón tampoco comprendió del todo a quien es considerado su maestro. En todo caso, es este contemporáneo de Sócrates quien más disposición manifiesta hacia la comprensión de la actividad filosófica. Y, desde luego, además de su disposición, sus grandes dotes de pensador y su capacidad literaria le permitieron crear la que pudiera ser considerada como la más grande obra filosófica que se haya conocido. Los diálogos constituyen un intento para comprender la filosofía y es precisamente en esto en lo que radica su valor, pues con ello se abre paso a la discusión filosófica permanente. Aun cuando

dicha obra es considerada como un sistema, persiste en ella la duda socrática como elemento que lo abarca todo. La única certeza que se deriva de ella es la del saber que no se sabe.

Por otro lado, la intención platónica también es materia para la discusión. Al revisar su obra es posible advertir que no pretendió hacer una descripción detallada de la vida de su mentor, esto es, no intentó elaborar un retrato o una biografía; Platón no era ni historiador ni biógrafo, era filósofo y su gran talento no le permitió limitarse a trazar un retrato que fuera cien por ciento fidedigno del protagonista de sus diálogos. De lo contrario, su obra habría resultado, probablemente, muy similar a la de Jenofonte. Por otro lado, la biografía es una forma literaria que surge posteriormente. Lo que hace Platón es crear, inventar a Sócrates. Es justo mencionar aquí que, en algún sentido, Aristófanes también creó a Sócrates, pero su creación es resultado de la incomprensión de la actividad socrática e incluso de la confusión del comediógrafo y de su incapacidad para distinguir la filosofía de la sofística; es bien sabido que Sócrates fue acusado de practicar la sofística. Por otro lado, es necesario decir que el objetivo de la comedia ática no era la discusión filosófica. La versión que Platón ofrece de Sócrates es, ciertamente, la que más complicaciones representa. Platón interpretó a Sócrates de una manera muy peculiar. El estrecho contacto que existió entre ambos colocó al autor de los diálogos en una situación privilegiada para la comprensión del pensamiento socrático. La obra platónica no sólo registra las actitudes y las frases de Sócrates, también las crea, las recrea, las inventa, con la finalidad de

proporcionarle permanencia y vigencia indefinidamente. Después de todo, es el Sócrates platónico, no me cabe la menor duda, el que más llama la atención y el que ofrece mayores posibilidades para la discusión.

Al decir que Sócrates es una creación o una invención de Platón, no debe entenderse que este último se reveló en el primero; si bien es cierto que el Sócrates platónico es, muy probablemente, diferente del Sócrates histórico, no existe razón de peso para pensar que Platón se haya proyectado en la figura que traza de su maestro, lo cual significaría restarle méritos a su obra. Aunque los diálogos platónicos no tienen, necesariamente, un carácter histórico, son ellos, paradójicamente, los que han contribuido en gran medida a hacer de Sócrates uno de los personajes más sobresalientes de la historia. ¿Qué mejor tributo podría rendirle Platón a su maestro? Lo anterior es, a mi juicio, prueba suficiente de la honestidad de la obra platónica. El mérito artístico y filosófico de los diálogos radica en la creación de un Sócrates diferente del Sócrates real, pero también diferente de Platón. Sócrates y Platón no son, pues, equivalentes, aunque tradicionalmente se ha tendido a considerar que ambos constituyen una unidad prácticamente indisoluble; ello como resultado del hecho de que Sócrates es el personaje central de los diálogos platónicos.

En relación con lo anterior, recuerdo las palabras con las que W.K.C. Guthrie comienza el apartado que dedica a Sócrates en su *Historia de la filosofía griega*. Dice: "Es una idea audaz —algunos dirán que demasiado audaz— poner a Sócrates en un

volumen y a Platón en otro. En los diálogos de Platón su espíritu aparece tan mezclado con el de Sócrates que ya nunca podrían separarse" (31). Guthrie considera a Platón como un filósofo claramente más sofisticado que Sócrates y plantea la conveniencia de ubicar a este último en el ámbito que le es propio, en el de su contemporáneo mundo de sofistas (32). La consideración anterior, la cual es muy acertada, da origen a una pregunta interesante, pero de difícil solución: ¿cuál es la línea que separa al pensamiento socrático del pensamiento platónico? Pero, recuérdese lo dicho en el inicio de este capítulo, esta pregunta rebasa el alcance de los diálogos.

Finalmente, la obsesión histórica, esto es, el afán de demostrar por todos los medios que el Sócrates histórico puede ser ubicado en las fuentes conocidas, ha conducido a algunos estudiosos del tema socrático, Taylor y Burnet, a considerar la versión platónica de Sócrates como testimonio histórico; como si Platón hubiera querido decir por medio de sus diálogos "así era Sócrates". Los diálogos platónicos, no cabe la menor duda, van más allá de eso. Recuérdese que ya se dijo que la obra platónica puede ser considerada como un intento para comprender a Sócrates, intento que hasta la fecha no ha sido igualado; en esa medida se abre paso a la discusión. Definitivamente, Platón, a pesar del estrecho contacto que mantuvo con Sócrates, no llegó a conocerlo del todo, por múltiples razones que aquí no cabe mencionar. La cuestión socrática es particularmente difícil si se tiene en cuenta que para aproximarse al pensamiento del filósofo sólo se dispone de la obra platónica, pero lo es aún

31 W.K.C. Guthrie. *Historia de la filosofía griega*, vol.III, p. 313

32 Cfr. *Ibidem*.

más si se considera el hecho de que Platón no alcanzó a comprender del todo a su maestro. Lo pertinente, dentro del tratamiento del tema socrático, es no considerar a los diálogos como la última palabra, ni en materia histórica ni en materia filosófica.

Jenofonte y Aristóteles

En relación con los testimonios de Jenofonte y Aristóteles, los cuales generalmente son considerados dentro del tema socrático, tengo poco que decir. En primer término, la obra de Jenofonte se mueve dentro de los límites de la simplicidad y no resulta de mucha ayuda para una comprensión más o menos elaborada del pensamiento de Sócrates. Posiblemente su intención sí fue la de elaborar algo parecido al retrato o a la biografía, pero esto es especulación. Su testimonio intenta registrar las actitudes de Sócrates en algunas situaciones que a él llaman la atención y, también, reproduce algunas frases que son atribuidas al filósofo, pero cuya significación no alcanza a comprender del todo. No es raro que suceda esto, Jenofonte era militar y no filósofo; el escaso contacto que mantuvo con Sócrates se manifiesta en su obra, lo cual, para algunos especialistas (Wilamowitz, Gomperz, Zeller, etcétera), hace despertar ciertas reservas en relación con el valor de su testimonio. Sin embargo, fue un ciudadano que se percató de la gran pasión socrática por la ciudad y a quien dolió profundamente, sin lugar a dudas, el destino del mismo. A pesar de todo lo anterior, la obra de Jenofonte ha sido considerada, en determinado momento, como

testimonio fiel de la vida de Sócrates. Al parecer, las siguientes palabras de Hegel influyeron durante largo tiempo en el prestigio que adquirió la obra de Jenofonte:

Examinemos, ante todo, lo *general*, que presenta en el propio Sócrates un lado positivo y otro negativo, los cuales se nos revelan combinados en las *Memorabilia* de Jenofonte, obra escrita con la mira de reivindicar a Sócrates. Se discute cuál de los dos discípulos, Jenofonte o Platón, nos pinta de un modo más fiel a Sócrates en lo tocante a su personalidad y a su doctrina, pero a nadie se le ocurre pensar que, en lo que se refiere a lo personal y al método, al lado externo de los diálogos en general, la obra de Platón nos traza, tal vez, una imagen precisa y acaso más desarrollada de Sócrates y que, en cambio, en cuanto al contenido de su saber y al grado en que llegó a desarrollarse su pensamiento debemos atenernos especialmente a lo que nos cuenta Jenofonte. (33)

Yo, por mi parte, considero que la obra de Jenofonte es honesta y coloco entre paréntesis, al igual que hago con los otros testimonios, lo relativo a su fidelidad.

Por su parte, el testimonio aristotélico puede ser considerado como la interpretación de otra interpretación. El estagirita no conoció personalmente a Sócrates y ello lo ubica en cierta desventaja en relación con los otros tres testimonios; seguramente obtuvo la información que poseía acerca de Sócrates de otros que sí tuvieron contacto directo con él (fundamentalmente de Platón). A pesar de ello, su carácter de filósofo se traduce en una mejor comprensión del pensamiento socrático. Esto último es muy importante; el testimonio aristotélico tiene, definitivamente, un carácter más filosófico que histórico.

¿Qué es posible concluir en torno a las fuentes mencionadas? Todas ellas deben ser consideradas seriamente dentro de la cuestión socrática. El hecho de que esos testimonios constituyan versiones diferentes del filósofo ateniense no es razón determinante para preferir uno y cuestionar otros. Lo más natural es que se advierta en cada uno de ellos una percepción diversa de Sócrates, pero eso no implica necesariamente que uno sea más confiable que los otros. Por el contrario, si todos los testimonios coincidieran, entonces sí que podría sospecharse de su confiabilidad. La controversia en el tratamiento de la cuestión socrática no está en los testimonios, en sus coincidencias y divergencias, sino en la orientación que se le ha dado. Es necesario cambiar la orientación tradicional de la investigación, la cual pretende descubrir al Sócrates histórico en alguna de las fuentes o, incluso, en la combinación de todas ellas. La investigación histórica ha tratado de reconstruir ⁽³⁴⁾ a Sócrates partiendo de la idea de que éste se ubica en las fuentes, y éstas son trabajadas desde esa perspectiva. La tarea primordial en el tratamiento del tema socrático debe ser el análisis y la evaluación de las fuentes, pero con una perspectiva y un método diferentes. La investigación no debe ser orientada por la reconstrucción de Sócrates, sino por la construcción de Sócrates. ¿Qué implica lo anterior? Simple y sencillamente que las fuentes deben ser trabajadas partiendo de la idea de que Sócrates no se ubica en ellas, sino que estas últimas sólo son el punto de partida para su construcción. Reitero que Sócrates representó una gran interrogante para sus

34 Considero que los intentos para reconstruir la vida y el pensamiento de Sócrates no han resultado adecuados; lo que se debe hacer es construir a Sócrates. En torno a esto hablaré en el segundo capítulo.

contemporáneos y que sus obras deben ser consideradas, en virtud de ello, como un intento para comprenderlo. La pregunta central del tema socrático no debe ser ¿a partir de qué versión, o versiones, se procederá a la reconstrucción de Sócrates?, sino ¿cuál es el Sócrates que se construye a partir de ellas? Al decir que todas las fuentes deben ser consideradas no me refiero, desde luego, a una mera superposición de las mismas, o a una especie de conciliación entre todas ellas; deben ser evaluadas y ubicadas en el lugar que les corresponde dentro de esa gran obra que es el edificio socrático.

De lo dicho hasta aquí, es posible afirmar que el tema socrático es particularmente difícil y que lo único que nadie discute es que todo lo relacionado con Sócrates es discutible. Y es discutible porque la construcción, la búsqueda de Sócrates, es permanente. Pero, esto tendrá que ser discutido sólo a partir del establecimiento del carácter de la cuestión socrática.

II. EL CARÁCTER DE LA CUESTIÓN SOCRÁTICA

Elementos para determinar el carácter de la cuestión socrática

El tema socrático tiene el sello de la discusión. Para confirmar lo anterior no hay más que considerar la vasta bibliografía al respecto, en la cual se percibe una constante, la del cuestionamiento de todo aquello que está relacionado con la vida y el pensamiento del filósofo ateniense. El propósito central de este capítulo es determinar y explicar el carácter de la cuestión socrática. Con esa finalidad, transcribo, en primera instancia, las palabras con las que Alfred Taylor da inicio a *El pensamiento de Sócrates*, las cuales ilustran lo ya mencionado:

La vida de un gran hombre, particularmente cuando pertenece a una edad remota, nunca puede ser un simple registro de hechos indiscutibles. Incluso cuando esos hechos son muy numerosos, la verdadera tarea del biógrafo reside en su interpretación; debe penetrar más allá de los simples acontecimientos hasta el propósito y el carácter que descubren, y sólo puede hacerlo mediante un esfuerzo imaginativo. En el caso de [...] Sócrates, los hechos indiscutibles son excepcionalmente raros; quizá [...] haya sólo una afirmación que nadie puede negar sin temor a ser excluido de entre los cuerdos. [...] Sócrates fue condenado a muerte en Atenas, acusado de impiedad, en el "año de Laques" (399 a.C.). Todo relato [...] que vaya más allá [...] es inevitablemente una construcción personal. (1)

En relación con estas palabras del investigador escocés,

destaco, principalmente, tres puntos que sin duda contribuyen al esclarecimiento del carácter de la cuestión socrática.

1. Como acertadamente dice Taylor, en la vida de Sócrates no existen los hechos indiscutibles. A partir de esta afirmación surgen necesariamente preguntas como: ¿Por qué todo lo que se relaciona con Sócrates es discutible? ¿Cuál es la razón por la que se sigue discutiendo la vida de Sócrates? ¿Dónde tiene su origen esa discusión? ¿Cuál es el carácter de la cuestión socrática? Aunque Taylor no lo dice explícitamente, la manera como plantea la cuestión, aunado a lo ya expuesto en el capítulo anterior, ayuda a vislumbrar el carácter de la misma, la insolubilidad; si todo es discutible en torno a Sócrates, ello se debe a que la cuestión es insoluble. A esta conclusión también llega Anonio Tovar cuando afirma:

La apreciación de los testimonios socráticos no puede desconectar estas consideraciones, y el estudio detallado de cada uno de ellos lleva en el fondo una oscilación entre la hipercrítica y la credulidad. El hecho es este : no tenemos material histórico directo. Las fuentes más inmediatas son, para nuestra manera histórica de juzgar, víctima de una interpretación. La filología crítica nos lleva a una cuestión insoluble. ¿Nos resignaremos a la ignorancia? ¿Incurriremos en la ingenuidad de hacer sobre fundamentos pulverizados por la crítica una construcción? Con toda franqueza expongo el dilema en que nos situamos durante todo este libro. Es este [sic] un problema pavoroso que compromete la existencia misma de la historia como ciencia. (2)

Lo que me interesa destacar de las palabras de Antonio Tovar, en este primer punto, es la idea de la insolubilidad de la cuestión socrática. Sin embargo, existen, en el mismo párrafo, algunas afirmaciones que merecen un comentario aparte, las

2 Antonio Tovar. *Op. cit.*, p. 46

cuales sólo menciono en este momento, pero que serán comentadas en el tercer punto por estar más relacionadas con el mismo; por ejemplo, el que la cuestión socrática constituye un problema que compromete la existencia de la historia como ciencia, o el papel que ha desempeñado la filología para orientar la cuestión hacia la insolubilidad. Por otra parte, nótese que tanto Taylor como Tovar esbozan la idea de llevar al cabo una construcción.

Así pues, el hecho de que la vida de un hombre como Sócrates sea objeto de una discusión y una polémica constantes tiene su raíz en la insolubilidad. Lo anterior equivale a decir que cualquier intento de solución es, por necesidad, susceptible de ser cuestionado y discutido; y no sólo eso, toda posible solución, como señala Tovar, puede ser pulverizada por la crítica, lo cual, en gran medida, anuncia una fluctuación constante de las ideas en torno al tema socrático. En relación con esto último, el mismo Tovar dice:

"La fisonomía de Sócrates —dejó escrito V. Brochard—, en razón de la incertidumbre e insuficiencia de nuestros medios de conocimiento, nunca dejará de tener para los investigadores el atractivo de un enigma por descifrar; jamás, sin duda, se dirá la última palabra sobre esta cuestión". La copiosa bibliografía de siglo y medio sobre el tema invita a una cierta desesperación: Diès compara la cuestión socrática con la marea, con su descenso y su vuelta; se puede predecir que las aguas volverán siempre a la misma altura, se sabe que la teoría abandonada volverá a ser sostenida, que la fuente depreciada ganará otra vez prestigio y, viceversa, la más estimada lo perderá. (3)

De lo dicho hasta aquí, es posible concluir que la cuestión socrática es insoluble y que la pretensión de decir la última palabra al respecto sólo revela la incomprensión del carácter de

3 Ibid., p. 53

la misma, corriendo el riesgo, para utilizar las palabras de Taylor, de ser excluido de entre los cuerdos. Por otro lado, la discusión del tema socrático ha dado como fruto una extensa bibliografía que ha convertido al mismo en algo tan variable como la marea. Pero lo anterior, aunque sea una especie de invitación a la desesperación, como dice Tovar, no debe conducir al abandono de la empresa, la búsqueda permanente de Sócrates.

2. Cuando Taylor dice que tal vez haya sólo una afirmación en la que todos los cuerdos coincidirían, aquella que está relacionada con la condena y muerte de Sócrates, considero que es una exageración, pienso que totalmente intencionada, con la finalidad de establecer que todo, dentro del tema socrático, es objeto de discusión. Pero, que todo sea discutible no necesariamente significa que no exista un gran número de certezas sobre Sócrates. En relación con el filósofo ateniense, hay toda una serie de afirmaciones que son del todo pertinentes, aunque sean discutibles. De lo contrario, el mismo Taylor no podría siquiera afirmar, en su *Biografía platónica de Sócrates*, lo siguiente:

Según habrá podido verse, de nuestra investigación resulta, a lo que me parece, que Sócrates, tal como aparece en los diálogos de Platón, es un hombre con una biografía bien rica y con una carrera cuyas diferentes etapas son fácilmente discernibles, y con una individualidad bien definida y fuertemente impresa. En su compleja personalidad combinanse por lo menos cinco tonos vitales (*strains*) a saber: 1) desde su más temprana madurez ha sido un devoto de la ciencia y un contertulio habitual del círculo de los ingenios del siglo de Pericles, y es justamente su prominencia en este aspecto la que, al suscitar la consulta de Querofón en Delfos, llevó a Sócrates a asumir su papel, tan familiar a nosotros, de apóstol de la doctrina según la cual la

virtud es conocimiento del bien, el único conocimiento necesario; 2) es un hombre de exuberante vigor físico, lleno de vida aún a los 70 años, con una hoja de servicios en la milicia y una agudeza de juicio en asuntos militares que fue evaluada como sobresaliente por los expertos militares de aquel momento; 3) es un resuelto opositor de la democracia imperial de Pericles, oposición que endurece en amargura y en cierta falta de comprensión a medida que él mismo envejece y que el efecto del imperialismo comercial es más y más manifiesto; 4) es un santo del tipo órfico y un iluminado, un vidente de visiones y sujeto de raptos; 5) y sin embargo, al contrario de los místicos de orden secundario, conserva siempre su salud mental merced a su sentido del humor y de debida proporción, que sus enemigos toman equivocadamente por una astuta simulación y llaman su ironía. (4)

Los cinco puntos que menciona Taylor son discutibles, no cabe la menor duda, pero no dejan de ser afirmaciones del todo pertinentes en torno a Sócrates. El que algo sea discutible no implica necesariamente que deba ser negado; lo que es discutible está sujeto a la duda, mas no se niega; de lo contrario, toda discusión se tornaría innecesaria. Es posible discutir, por ejemplo, el estrecho contacto que mantuvo Sócrates con los personajes más sobresalientes del gran siglo de Pericles, o la manifiesta oposición de aquel hacia la democracia o el papel que desempeña la ironía dentro de la actividad socrática, pero ello no se traduce forzosamente en su negación. En ese sentido, me atrevo a afirmar que ningún investigador serio negaría los rasgos mencionados como parte inherente de la personalidad socrática.

3. Por último, Taylor comenta que todo relato sobre Sócrates se convierte, en virtud de lo ya mencionado, en una construcción

4 John Burnet y Alfred E. Taylor. *Op. cit.*, pp. 106-107

personal. Este punto merece especial atención y requiere ser abordado con cierto detalle. Coincido, definitivamente, con el investigador escocés en que la cuestión socrática se convierte en una construcción, pero afirmo que dicha construcción no debe ser personal, si con ello se entiende que cada estudioso del tema elabore un Sócrates particular que sea la medida de sus necesidades personales. En todo caso, el carácter personal de esa construcción no debe manifestarse en Sócrates, sino en la manera de exponerlo y trabajarlo. Y con motivo de esto último, no puedo dejar de mencionar que Platón es quien ha realizado lo anterior de manera extraordinaria y resulta un verdadero reto tratar de igualarlo. En ese sentido, es posible afirmar que Platón construyó al Sócrates que aparece en sus diálogos, y tal vez sea en eso, precisamente, donde radica el meollo de la cuestión; considerar que el Sócrates de los diálogos es una construcción personal de Platón, pero donde el ingrediente personal de este último se manifiesta en la manera como expone al primero. Pero, con esto último, no se entienda que el Sócrates platónico constituye una simple proyección de Platón. Y es posible ir aún más lejos, para considerar que el Sócrates que aparece en los diálogos platónicos es, más que una construcción terminada, el resultado de un intento de construcción, lo cual ayudaría, en gran medida, a explicar los tumbos que ha dado la investigación histórico-filológica moderna al valorar las fuentes no sólo como verdaderas construcciones, sino como reconstrucciones del filósofo para, a su vez, elaborar su propia reconstrucción; unas veces a partir de la versión de Jenofonte, otras a partir de la versión platónica, otras a

partir de la aceptación de sólo partes de las fuentes mencionadas. Pero bien, es necesario proceder a justificar por qué la cuestión socrática debe ser orientada hacia la construcción y no hacia la reconstrucción. Con esa finalidad, haré, en primera instancia, algunas consideraciones para descartar la reconstrucción y, posteriormente, daré paso a una breve reflexión acerca de la cultura griega para, finalmente, abordar la idea de la construcción como guía para el tratamiento de la cuestión socrática.

Construcción y reconstrucción del Sócrates histórico

En el caso particular de Sócrates, la investigación histórico-filológica moderna se ha dado a la tarea de elaborar una reconstrucción histórica. Pero, ¿qué se debe entender con la expresión **reconstrucción histórica**? y, ¿a dónde han llegado esos intentos? **Reconstruir** significa volver a construir; llevar al cabo una reconstrucción histórica implica, pues, volver a construir los hechos, los acontecimientos; en relación con Sócrates, volver a construir su vida y su pensamiento. El horizonte dentro del cual el historiador moderno reconstruye los acontecimientos es el del pasado, esto es, de lo ya construido previamente. En cuanto a la historia de la filosofía, dice José Gaos: "Parece evidente que la Historia de la Filosofía no puede haber empezado hasta que hubiese ya una historia de la filosofía. Pero precisar cuando [sic] hay ya una historia de algo no resulta fácil" (5). Así, la clave para elaborar una

5 José Gaos. *Los orígenes de la filosofía y de su historia*, p. 84

Historia de la filosofía se encuentra en la existencia previa de una historia de la filosofía. Lo anterior no es un mero juego de palabras; es el resultado de una reflexión que invita a reconsiderar algunas cuestiones en torno a la historia. Por ejemplo, ¿qué tan legítima resulta la pretensión de aspirar a reconstruir algo que no ha sido construido aún, o algo cuya construcción ha quedado inconclusa, como un mero intento?, ¿qué tan legítimos resultan los procedimientos de la historia moderna? Recuérdese que en el comienzo de este capítulo fue mencionada la idea de que la cuestión socrática ha llegado a un punto en el que compromete la existencia de la ciencia histórica. En cuanto a Sócrates, la reconstrucción está orientada hacia la recuperación, en tanto es reconstruido, del llamado Sócrates histórico, esto es, de aquel filósofo que nació en Atenas el año 469 a.C. y caminó por sus calles, que convivió con los ciudadanos atenienses durante setenta años aproximadamente, que cautivó con sus palabras y sus actos a algunos de ellos y que provocó la exasperación de muchos otros. Todo intento para reconstruir al Sócrates histórico presupone la existencia del Sócrates histórico. La pregunta que debe enfrentar dicho intento, en primera instancia, gira en torno a las condiciones para llevar al cabo la reconstrucción, a saber, ¿existe una historia de Sócrates? El éxito o el fracaso de la empresa depende de la respuesta a la pregunta anterior, pero, según las palabras de José Gaos, ello no resulta tan fácil.

Todo parece indicar que las condiciones para reconstruir al Sócrates histórico son inadecuadas, pues el material del que se dispone, las fuentes, no refleja de manera fiel al pensador

ático. Tal como dice Tovar, no existe material histórico directo. El Sócrates histórico, permítaseme la comparación, es como un gran rompecabezas que los historiadores y los filólogos han tratado de armar, pero muchos de ellos no se han percatado de que la tarea es imposible, pues las piezas para tal efecto, las fuentes de las que se dispone, son insuficientes; es como si una gran cantidad de ellas se hubiese perdido, e incluso como si nunca hubiesen existido. Ciertamente, la situación a la que ha llegado la cuestión socrática, como ya lo hizo notar Tovar, coloca a la ciencia histórica en una posición difícil. De esta manera, no debe sorprender la analogía mencionada arriba, utilizada por Diès, en la cual compara a la investigación de la cuestión socrática con la marea, con el constante ir y venir de cada una de las fuentes en la preferencia de los estudiosos del tema. Pero es claro que el tratamiento de la cuestión debe ser algo más; algo que, para aprovechar la analogía de Diès, se parezca más al acantilado, el cual permanece firme, mas no indiferente, ante el ascenso y el descenso de la marea.

Si la cuestión socrática manifiesta una oscilación entre la credulidad y el escepticismo, oscilación que se asemeja a la que experimenta el mercurio contenido en un termómetro, ello se debe a que su tratamiento ha resultado inadecuado. El tema socrático es fundamental y crucial para la filosofía. Por ello, no debe comportarse como el mercurio de un termómetro, debe convertirse en el termómetro mismo, esto es, en el instrumento que permita observar y medir la oscilación. El hecho de que la reconstrucción del Sócrates histórico sea imposible no quiere decir que haya que abandonar la discusión, sólo indica que se

debe replantear la cuestión, pero se debe tener en consideración lo ya mencionado para evitar la ingenuidad de continuar la búsqueda de Sócrates como una mera reconstrucción.

Así pues, la tarea de la reconstrucción del Sócrates histórico, tal como la han llevado al cabo los historiadores y los filólogos, ha desembocado en lo que Tovar llama la oscilación entre la hipercrítica y la credulidad; ello debido, en parte, a la insolubilidad de la cuestión, pero también como resultado de un planteamiento inadecuado. Pero de esto último, lo grave no es la insolubilidad de dicha cuestión, sino la oscilación que es producto, al parecer, de la incomprensión de la misma. Lo que se debe buscar no es la eliminación de la insolubilidad, sino la eliminación de la oscilación. Ahora bien, si el camino de la reconstrucción es una especie de ingenuidad —pues se pretende armar un rompecabezas cuyas piezas son insuficientes— surge la pregunta ¿qué otra alternativa es posible considerar dentro de la cuestión socrática? Afirmando que el camino que debe ser transitado es el de la construcción del Sócrates histórico, lo cual, en primera instancia, puede parecer un contrasentido pues al hacer referencia al Sócrates histórico se entiende, en alguna medida, la existencia previa del mismo, y de lo que existe previamente se puede elaborar una reconstrucción y no una construcción. Para explicar la idea de la construcción del Sócrates histórico, considero pertinente llevar al cabo una breve reflexión en torno a la cultura griega en general y, posteriormente, acerca de la historia griega en particular.

El objetivo central de la siguiente reflexión es fundamentar

la idea de que las fuentes del tema socrático deben ser consideradas como intentos de construcción de lo que hoy día se conoce como el Sócrates histórico, y no como reconstrucciones del mismo. Para ello, destaco algunas ideas que aparecen en *Los orígenes del pensamiento griego* de Jean-Pierre Vernant. Es pertinente aclarar que no pretendo, de ningún modo, agotar la discusión, sólo persigo establecer una línea general, un marco general que permita determinar el carácter de dichas fuentes.

Dice Vernant:

El mundo griego más antiguo, tal como lo podemos evocar a través de las tablillas micénicas, se halla emparentado, en muchos de sus rasgos, con los reinos contemporáneos del Cercano Oriente. Un mismo tipo de organización social, un género de vida análogo, una humanidad similar, se revelan en los escritos en lineal B de Cnosos, Pilos o Micenas y en los archivos en cuneiforme encontrados en Ugarit, en Alalakh, en Mari o en la Hattusa hitita. Por el contrario, cuando se encara la lectura de Homero el cuadro cambia: es otra sociedad, un mundo humano diferente el que se descubre en la *Iliada* [sic], como si desde la edad homérica los griegos no pudieran ya comprender exactamente el rostro de la civilización micénica a la cual se vinculaban y que, por intermedio de los aedos, creían hacer resurgir del pasado. (6)

Y más adelante:

El hundimiento del sistema micénico desborda ampliamente, en sus consecuencias, el dominio de la historia política y social. Repercute sobre el hombre griego mismo; modifica su universo espiritual, transforma alguna de sus actitudes psicológicas. La desaparición del Rey pudo desde entonces preparar, al término del largo y sombrío período de aislamiento y retracción que se denomina la Edad Media griega, una doble y solidaria innovación: la institución de la Ciudad y el nacimiento de un pensamiento racional. (7)

6 Jean-Pierre Vernant. *Los orígenes del pensamiento griego*, p. 23

7 *Ibid.*, p. 24

Hoy se sabe que el antecedente de la sociedad griega, tal como aparece dentro del testimonio homérico, es la sociedad micénica y que ésta, a su vez, manifiesta algunos rasgos que la hacen estar emparentada con las sociedades del Cercano Oriente, pero los griegos de aquella época no eran del todo conscientes de ello; los griegos de la época antigua no se ubicaban a sí mismos dentro de ese cuadro, se consideraban como una sociedad diferente. El pasado más remoto, dentro del cuadro de referencia de aquellos griegos, no iba más allá de la obra homérica. ¿Qué consecuencia se deriva de esta circunstancia en el desarrollo de la cultura griega, y dentro de la actividad histórica en particular? Al no ser conscientes de su pasado remoto no podían, evidentemente, orientar sus actividades hacia la reconstrucción del mismo; no existía otra alternativa que la construcción, la creación y el inicio de una nueva cultura, y tal se llevó al cabo en todos los ámbitos. Correspondió al pueblo griego el privilegio de ser los constructores de su propia cultura, es decir, los constructores de la realidad a partir de su peculiar manera de ser. Desde luego, la circunstancia arriba mencionada no fue el único elemento que contribuyó a hacer de la cultura griega lo que hoy es, la cuna de la civilización occidental.

Por otro lado, los dos elementos que sustentan las realizaciones más importantes y significativas de la cultura griega, la *polis* y el pensamiento racional, convierten a la misma en la más original de todas. Pese a todo el respeto que pudiera tenerse por otras culturas, correspondió sólo al pueblo griego el privilegio de construir una sociedad basada en la convergencia de los elementos mencionados. Pero además, los

griegos fueron los creadores, los forjadores de tales elementos, esto es, no se limitaron a reproducirlos o a copiarlos de otras culturas; la *polis* y el pensamiento racional son, pues, el resultado de la creatividad y la originalidad del espíritu griego. Fue en Atenas donde la *polis* y el pensamiento racional alcanzaron su máxima expresión. Sin embargo, no debe pensarse, con lo anterior, que la cultura griega haya agotado todas sus posibilidades; más bien, el camino que transitaron los griegos representa una especie de sondeo, con excelentes resultados por supuesto, y no tanto la consecución de un ideal previamente considerado. La cultura griega puede ser considerada como el resultado de un intento para construir la realidad a partir de la razón, pero dicho intento ha quedado inconcluso. Es difícil hablar de los ideales de la cultura griega sin ser griego; lo que sí es posible suponer, partiendo de las realizaciones concretas de dicha cultura, es que todo lo logrado puede ser considerado como una pequeña parte de dichos ideales, e incluso como el inicio de un gran proyecto. Los griegos comenzaron la construcción, pero no la concluyeron.

En suma, todas las realizaciones de la cultura griega constituyen una construcción de la realidad de acuerdo con la razón. En el caso concreto de la actividad histórica, las cosas no tenían por qué ser diferentes y los historiadores griegos, antes que registrar fielmente los acontecimientos sucedidos, es decir, antes que reconstruir, se dieron a la tarea de expresar lo que debieron haber sido los hechos, esto es, en alguna medida realizaron una construcción de dichos acontecimientos, tal como lo declara Tucídides en su *Guerra del Peloponeso*:

Respecto a las palabras que dijo cada uno a punto de entrar en guerra o ya en ella, resultaba difícil recordarlas exactamente, tanto a mí de lo que oí personalmente como a los que me lo transmitieron de una u otra fuente. Con todo, tal como me parecía que cada uno lo diría de acuerdo con las circunstancias presentes en cada momento y acercándome lo más posible al sentido general de lo que realmente se dijo, así se ha expuesto. (8)

En torno a esta declaración de Tucídides, Antonio Gómez Robledo comenta:

Reconozcamos aquí, una vez más, cómo prevalece absolutamente en esta época la concepción de la historia no tanto como documento fiel, sino como obra de arte; ahora bien, el arte, según la concepción aristotélica que recoge muy bien lo que en su época se sentía, es imitación de la realidad, pero no copia servil, sino interpretación hasta cierto punto libre, y la historia, por ello, está más cerca de las otras artes imitativas del carácter humano, como la tragedia, que de la crónica. (9)

Así pues, los textos históricos griegos no reconstruyen propiamente los acontecimientos pues no pueden ser considerados como documentos fieles; dichos textos se dan a la tarea de crear algo que es más parecido a la obra de arte, son propiamente una construcción de la realidad. Los griegos, más que reconstruir, construyen su historia. Pero esta tarea de construcción no debe ser considerada como algo acabado, sino como un intento no concluido por los griegos para comprender la realidad; como una especie de ensayo inconcluso cuya guía es la racionalidad. La historia moderna, al parecer, no ha logrado o no ha querido comprender lo anterior y, por ello, se ha empeñado en reconstruir algo que los mismos griegos dejaron incompleto o,

8 Tucídides. *Historia de la guerra del Peloponeso*. I, XXII, 1.

9 Antonio Gómez Robledo. *Sócrates y el socratismo*, p. 22

por lo menos, como el inicio de la búsqueda de un ideal. Dicha circunstancia se manifiesta como un dilema para la historia moderna, dilema que, de acuerdo con las palabras de Antonio Tovar arriba citadas, compromete la existencia de la historia como ciencia. No podía ser de otra manera, ya que la ciencia histórica, con el afán de conocer y reconstruir el pasado de la manera más exacta y fiel posible, se orienta, podría decirse que de modo natural, a considerar los textos griegos, si no como documentos fieles, como testimonios a partir de los cuales es posible indagar los acontecimientos que realmente ocurrieron. La pregunta que plantea la historia, ante esta situación, es ¿hasta dónde los textos griegos son creación y hasta dónde son reproducción? La cuestión es insoluble. Los mismos textos no permiten resolverla.

Una situación similar se presenta en torno a la posible línea que separa al pensamiento socrático del pensamiento platónico; ¿hasta dónde llega el pensamiento socrático en los diálogos, y hasta dónde llega el pensamiento platónico? Esta última pregunta no es posible resolverla tomando en cuenta exclusivamente los diálogos platónicos. En todo caso, tratar de contestar las preguntas mencionadas constituye o bien una ingenuidad o bien una temeridad pues cualquier teoría que pudiera elaborarse en ese sentido podría ser pulverizada por la crítica. Es éste el dilema al que se refiere Tovar. Se trata, entonces, de enfrentarlo con la intención de comprenderlo y no tanto de resolverlo. Finalmente, considérese el siguiente comentario de Erich Kahler en torno a lo que debe ser la historia:

Para volverse historia los acontecimientos deben ante todo estar relacionados entre sí, formar una cadena, un continuo flujo. La continuidad, la coherencia es el requisito previo elemental de la historia — y no sólo de la historia sino hasta del más sencillo relato o "historia". (10)

Toda versión acerca de Sócrates adquiere sentido histórico en la medida en que puede ser vinculada o relacionada con otras. El Sócrates platónico, por ejemplo, carecería de sentido si no existiera el Sócrates aristofánico. Decir que entre las versiones de Aristófanes, Jenofonte y Platón, y aun otras, existe una relación o un vínculo, no representa, necesariamente, que sean complementarias; significa simplemente que todas ellas forman parte de un flujo continuo, el cual constituye un requisito para la historia. No es posible comprender al Sócrates platónico, dentro del ámbito histórico, sólo a partir de los diálogos; y aun más, no es posible comprender al Sócrates histórico sólo a partir de alguna de las fuentes. Negar el vínculo de los acontecimientos, o hacer caso omiso del mismo, tiene como consecuencia el desproveerlos de su sentido histórico. La pregunta que surge es ¿cuál pudiera ser la relación entre el Sócrates platónico y el Sócrates aristofánico? La solución a esta pregunta requiere de un estudio minucioso. Por el momento, sólo trato de destacar la inconveniencia de descalificar a alguna de las fuentes mencionadas. Es cierto que el Sócrates de los diálogos manifiesta una coherencia interna, la cual es resultado del talento de Platón, y que dicha coherencia confiere a la obra platónica independencia y autonomía en el terreno filosófico. Pero, además de esa

coherencia interna, existe una coherencia externa, esto es, la relación que mantiene el Sócrates platónico con el jenofónico, el aristofánico, el aristotélico, etcétera. Una tarea fundamental de la historia es la de desentrañar dicha coherencia. Pero bien, además de la continuidad y la coherencia, Kahler menciona otros dos factores que son requisito de la historia:

[...] para constituir así sea una sencilla "historia" se necesitan por lo menos tres factores: conexión de acontecimientos, relación de esta conexión con algo o alguien, que dé a los acontecimientos su coherencia específica, y finalmente una mente comprensiva que perciba tal coherencia y cree el concepto que significa un significado. (11)

Los dos factores que agrega Kahler están más relacionados con el comportamiento humano que con el acontecimiento. La parte medular del comportamiento histórico se halla en la mente que comprende y percibe la coherencia de los acontecimientos. Pero la mente, en el proceso de comprensión y percepción de tal coherencia, no se limita a registrar los sucesos; en la medida en que capta su conexión y se relaciona con ellos, la mente manifiesta su creatividad y con ello la historia se convierte, en gran medida, en creación. Así, el hombre crea, construye la historia.

La construcción de Sócrates

La construcción de Sócrates es una alternativa que puede proporcionar al tema socrático un sesgo diferente; no en su

11 *Ibidem.*

carácter de insoluble, pero sí dentro de la oscilación de las diferentes teorías, las cuales hacen del tema algo muy variable. Seguramente la cuestión socrática seguirá siendo insoluble, pero no tiene por qué ser objeto de una constante fluctuación. Así pues, lo que se debe hacer es **construir a Sócrates**, lo cual explicaré a continuación.

Toda construcción debe ser realizada de acuerdo con un proyecto, y éste debe estar inscrito dentro del horizonte del futuro, al contrario de lo que sucede con la reconstrucción, la cual se inscribe dentro del pasado. El proyecto debe considerar el material del que se dispone y, desde luego, debe ser elaborado en función del mismo; resulta inadecuado proyectar un edificio sin tomar en cuenta las características del material que se utilizará. Si, como ya se ha comentado, no existe material histórico directo, la posibilidad de reconstruir, en primera instancia, al Sócrates histórico está cancelada; pero, la anterior no es la única posibilidad dentro del tema socrático. Es posible llevar al cabo una construcción a partir de las fuentes conocidas. La pregunta que se debe resolver es ¿qué Sócrates es el que las fuentes permiten construir? Parece evidente que la respuesta apunta hacia el Sócrates filosófico. Esto no es nada nuevo, cada pensador que ha intentado reconstruir a Sócrates, en realidad lo que ha hecho es una construcción; como diría Taylor, una construcción personal de Sócrates. Son numerosos los ejemplos que pueden ser mencionados; es posible hablar del Sócrates de Schleiermacher, el de Gomperz, el de Taylor, etcétera. Y, de esta manera, no habría más remedio que llegar al Sócrates platónico, al de Jenofonte,

al de Aristóteles, e incluso al de Aristófanes.

Aquí, retomo algo que ya fue mencionado arriba; Platón, así como sus contemporáneos, construyó a Sócrates. Los Sócrates posteriores surgen necesariamente de esas fuentes. Debe tenerse en cuenta que el Sócrates platónico es apenas el inicio o el intento realizado por Platón para comprender a quien es considerado su maestro y, más que eso, para comprender la filosofía. ¿Cómo procedió Platón? Evidentemente, partió de los elementos a su disposición, en este caso, la vida de Sócrates y su estrecha relación con el mismo, pero también del proyecto y, algo que es incuestionable, de su talento para realizar ese proyecto. No es posible saber si la obra platónica satisfizo, en su momento, el proyecto trazado por el mismo Platón. Pero, a pesar de ello, me atrevo a afirmar que el Sócrates de los diálogos seguramente se queda corto en comparación con el proyecto trazado por Platón, es decir, que Platón, a pesar de que su obra es, hoy día, el testimonio más reconocido acerca de Sócrates, no logró del todo culminar dicho proyecto; pero también es posible pensar que tal vez no era precisamente esa su intención.

Por otro lado, también el Sócrates de Jenofonte y el de Aristófanes son construcciones. Es cierto que estos últimos no provocan una impresión tan profunda, pero, no cabe duda, no hay razón para desecharlos como material para una construcción del filósofo. También es cierto que para intentar, hoy día, una construcción de Sócrates se debe partir necesariamente de esas tres fuentes.

En resumen, la cuestión socrática es insoluble, lo cual la ha

convertido en objeto de una discusión permanente, y esta última debe estar orientada hacia la construcción de Sócrates, que es, en gran medida, la construcción de la filosofía; pero dicha construcción no debe ser de carácter personal, excepto en lo que se refiere a la exposición y al manejo de Sócrates. Recuérdese que al inicio de este trabajo se mencionó que Sócrates representa un momento crucial dentro de la historia de la filosofía. Por ello, afirmo que el tema socrático influye decisivamente en la construcción de toda filosofía.

Ahora bien, una vez establecido que la cuestión socrática es insoluble, considero necesario hacer la distinción entre **insolubilidad histórica** e **insolubilidad filosófica**, pues son la historia y la filosofía los dos aspectos más involucrados en la mencionada cuestión; además, la historia y la filosofía constituyen dos rasgos fundamentales del comportamiento humano. A pesar de que en ambos casos, historia y filosofía, la insolubilidad deriva en una constante discusión, el origen de ellas es diferente, lo cual debe ser tomado en cuenta con la finalidad de no errar en el planteamiento de los problemas pertinentes.

La insolubilidad histórica de la cuestión socrática da como resultado la discusión en torno a algunos hechos dentro del ámbito histórico. Por ejemplo, el historiador se pregunta si Sócrates pronunció o no el discurso que aparece en *Apología*, o si era presa de aquellos estados de ensimismamiento que de él son referidos en algunos diálogos, o si su expediente militar era uno de los más brillantes, o si participó como hoplita en las batallas de Potidea, Anfípolis y Delion, etcétera, es decir,

si lo mencionado constituye un hecho realmente ocurrido. Pues bien, los hechos referidos son totalmente discutibles, pero la discusión, en este caso, se deriva de la imposibilidad, es decir de la falta de elementos, para determinar con certeza si tales hechos sucedieron o no. No existen elementos que permitan aclarar lo anterior pues los testimonios conocidos son insuficientes para tal efecto y, como resultado, la discusión se torna constante y permanente; pero es una discusión que, en gran medida, carece de sentido pues es producto de un planteamiento inadecuado. Los historiadores continuarán, seguramente, discutiendo los hechos mencionados, pero deben darle una orientación diferente a tal discusión. Aquí, es pertinente recordar lo que ya se dijo en relación con el carácter de los testimonios conocidos: su no historicidad.

Pero, para referirme específicamente a los testimonios acerca de Sócrates, resumo, a continuación, un pequeño apartado de *Sócrates y el socratismo* en el cual se expresa dicho carácter:

En la época en la que surgen los llamados **discursos socráticos**, la historia no se concibe aún como un relato que refleja la realidad de manera fiel, sino como una reconstrucción (este es el término que es utilizado por el autor del texto mencionado ⁽¹²⁾) más o menos libre de la misma. Todas las obras que pertenecen a ese género pueden, por ello, ser cuestionadas en relación con su valor histórico, por lo menos si se considera la perspectiva actual de la historia. Consecuencia de ello es la imposibilidad de acceder al Sócrates histórico. Hasta aquí el resumen.

12 Considero que el término utilizado por Antonio Gómez Robledo no es del todo adecuado. La historia griega, más que reconstruir, construye la realidad.

Así pues, es imposible resolver lo relacionado con el Sócrates histórico, pero dicha imposibilidad no es, en modo alguno, una invitación a abandonar la investigación; solamente indica que es necesario no esperar de esas fuentes lo que ellas no pueden proporcionar.

La insolubilidad filosófica de la cuestión socrática da como resultado la discusión en torno a algunos problemas que pertenecen al ámbito filosófico. Lo que interesa a la filosofía, en este caso, es, por ejemplo, si el Sócrates que aparece en *Apología* corresponde al Sócrates que aparece en otros diálogos, o si existe coherencia interna en las ideas socráticas que se encuentran en las fuentes, o si es posible hablar de una filosofía socrática, o en qué medida es posible trazar una línea que divida el pensamiento socrático y el pensamiento platónico, etcétera, es decir, si Sócrates merece ser tratado como filósofo o como el portavoz de Platón. También en este caso todo es discutible, pero aquí la discusión se deriva no de la imposibilidad para determinar las cuestiones mencionadas, sino de una búsqueda permanente cuyo origen es la comprensión de la misma insolubilidad. Dentro de las fuentes es posible encontrar los elementos que permiten abordar los aspectos filosóficos de Sócrates, pero siempre teniendo en consideración que el resultado de la misma discusión no es la solución definitiva, sino simplemente un intento que debe ser cuestionado para regresar nuevamente a la discusión, convirtiéndola en algo permanente.

Es pertinente hacer notar que, dentro del ámbito filosófico, la obra de Platón es, sin duda, la que más elementos ofrece para

el esclarecimiento del pensamiento socrático. Lo anterior, sin embargo, no debe conducir a desechar otras fuentes. En principio, como ya lo mencioné en el capítulo anterior, todas ellas deben ser consideradas como testimonios honestos que reflejan la vida y el pensamiento de Sócrates, aunque en cada uno de ellos se manifieste una percepción diferente del filósofo.

La insolubilidad de la cuestión socrática no se traduce en imposibilidad para su estudio. Por el contrario, la misma insolubilidad ofrece un sinfín de posibilidades para la investigación. Ahora bien, es necesario explicar el factor que determina la insolubilidad, tanto histórica como filosófica; a saber, el agrafismo socrático.

El agrafismo socrático

Sócrates no escribió el testimonio de su pensamiento. Lo anterior, dice Taylor, "[...] es consecuencia directa del carácter de la sociedad a la que perteneció" (13). Y más adelante, el mismo Taylor dice que los atenienses de aquellos grandes días no escribían libros (14). El agrafismo de Sócrates es, pues, resultado de circunstancias históricas concretas, tal como lo afirma el investigador escocés, y con lo cual coincido totalmente. Al no disponer del testimonio socrático, la investigación histórica enfrenta una gran dificultad pues debe, necesariamente, recurrir a otros testimonios. El conocimiento del Sócrates histórico queda, en gran medida, cancelado o, por

13 Alfred E. Taylor. *Op. cit.*, p. 9

14 *Ibidem.*

lo menos, sujeto a la duda, en tanto que la otra posibilidad viable es conocerlo por medio de quienes escribieron acerca de él. Cada uno de ellos vio a Sócrates, como es natural, a través del espejo de sus propios intereses, pero ello no debe ser, forzosamente, considerado como una distorsión de la figura socrática. En todo caso, debe aceptarse que siempre existirá la duda al respecto. Lo que sucede con Sócrates es, guardada toda proporción, muy similar a lo que ocurre con la cultura persa. La información que se posee, hoy día, sobre dicha cultura se debe a la tradición griega, en gran medida a Heródoto. Lo anterior, evidentemente, representa una gran dificultad para la investigación de dicha cultura; sin embargo, el testimonio del historiador griego resulta imprescindible para incursionar en el conocimiento del imperio persa.

Pero, si bien es cierto que el agrafismo socrático es un fenómeno claramente histórico, también lo es que el mismo debe ser considerado como un fenómeno de orden filosófico; esto último es algo que Taylor no considera, por lo menos en el texto citado. El hecho de que Sócrates no haya asentado por escrito el testimonio de su pensamiento está totalmente relacionado con el pensamiento socrático y manifiesta gran parte de la actitud filosófica del creador de la mayéutica. Pensar que Sócrates no escribió debido, exclusivamente, a que los griegos de su tiempo no lo hacían es considerar el agrafismo desde una perspectiva superficial; el agrafismo, por lo menos en el caso de Sócrates, tiene un trasfondo filosófico y requiere una explicación del mismo orden. Sócrates no escribió porque la filosofía es una búsqueda permanente de la verdad; dicha búsqueda sólo es posible

por medio del diálogo, de la pregunta que da origen a una nueva pregunta. El discurso escrito cancela la posibilidad de dialogar, es decir, de buscar la verdad. Si existe algo que merezca ser establecido por escrito, y por ello incuestionable, es la verdad; pero como Sócrates se sabía a sí mismo como ignorante de aquélla, la buscaba por medio del diálogo y no escribía. Además, como atinadamente señala Antonio Tovar, el diálogo "[...] aunque a nosotros la tentación histórica nos haga interpretarlos interesadamente, era no una manera de retratar, sino de filosofar. El diálogo era un método heredado para exponer doctrinas esencialmente discutibles" (15).

Platón, en alguna medida, procedió antisocráticamente al asentar por escrito el pensamiento de Sócrates. Ahora, si hay algo que decir en descargo de Platón, en relación con lo anterior, es que sus diálogos resultan ser uno de los recursos más dinámicos y con mayores posibilidades, y si bien es cierto que procedió antisocráticamente al escribir, es el menos antisocrático de todos cuantos han escrito acerca de Sócrates. Es posible, por otro lado, imaginar el dilema en que se vio involucrado Platón al tomar la decisión de escribir las ideas de alguien que no escribió y plantearse la pregunta ¿cómo hacer dinámico un discurso que por naturaleza es estático, el discurso escrito? Su talento no dejó de manifestarse y sus diálogos resultaron ser lo bastante dinámicos y versátiles para reflejar de manera inmejorable el propósito filosófico de Sócrates, la búsqueda permanente de la verdad por medio de preguntas adecuadas y respuestas que dan origen a nuevas preguntas. Así

pues, los diálogos platónicos constituyen el instrumento más conveniente para reflejar la esencia de la actividad socrática. Desde luego, lo aclaro, que acerca de lo anterior hay mucho que decir, pero el propósito aquí es considerar el agrafismo como una actitud filosófica y no meramente histórica.

Para aproximarse a la comprensión del sentido del agrafismo socrático es necesario revisar algunas cuestiones que están directamente relacionadas con el surgimiento de los dos elementos que sustentan el conjunto de la cultura griega, la *polis* y el pensamiento racional. Dice Vernant:

El sistema de la *polis* implica, ante todo, una extraordinaria preeminencia de la palabra sobre todos los otros instrumentos del poder. Llega a ser la herramienta política por excelencia, la llave de toda autoridad en el Estado, el medio de mando y de dominación sobre los demás. Este poder de la palabra —del cual los griegos harían una divinidad: *Peitho*, la fuerza de persuasión — recuerda la eficacia de las expresiones y las fórmulas en ciertos rituales religiosos o el valor atribuido a los "dichos" del rey cuando soberanamente pronuncia la *themis*; sin embargo, en realidad se trata de algo enteramente distinto. La palabra no es ya el término ritual, la fórmula justa, sino el debate contradictorio, la discusión, la argumentación. (16)

El surgimiento de los elementos mencionados, dentro de una nueva forma social, trae consigo nuevas exigencias; pero es una, específicamente, la que me interesa destacar; el que la palabra se convierte en patrimonio común de los habitantes de la *polis* y, al mismo tiempo, en el instrumento de poder por excelencia. Si anteriormente las decisiones del soberano eran incuestionables, ahora surge el cuestionamiento de todo aquello que atañe a la vida de la comunidad. Esto implica que la

palabra, en su forma oral o dialéctica, constituye, en primera instancia, el instrumento que de manera natural se adapta a las pretensiones de la nueva sociedad.

Surgen el debate y la discusión como producto legítimo del accionar de la palabra; todas las discusiones tienen como objeto las cuestiones de interés general. El debate es el medio por el cual se traza un puente que logra solventar las diferencias que existen entre dos *logos*. La vida política se convierte en un constante ejercicio del lenguaje y Sócrates manifiesta su pasión por los asuntos de la ciudad por medio del diálogo con otros hombres. Cuando habla con Fedro, Sócrates le dice: "Me gusta aprender. Y el caso es que los campos y los árboles no quieren enseñarme nada; pero sí, en cambio, los hombres de la ciudad"⁽¹⁷⁾. Sócrates se inclina, pues, al ejercicio de la palabra oral, pero, ¿qué hay en torno de la palabra escrita? Continúa Vernant:

La palabra constituía, dentro del cuadro de la ciudad, el instrumento de la vida política; la escritura suministrará, en el plano propiamente intelectual, el medio de una cultura común y permitirá una divulgación completa de los conocimientos anteriormente reservados o prohibidos. Tomada de los fenicios y modificada para una transcripción más precisa de los fonemas griegos, la escritura podrá cumplir con esta función de publicidad porque ha llegado a ser, casi con el mismo derecho que la lengua hablada, el bien común de todos los ciudadanos. ⁽¹⁸⁾

El desarrollo de la vida política llegó a un punto en el que la palabra experimentó una nueva exigencia, la de la publicidad y la difusión. Surge así la palabra escrita como instrumento de divulgación. Desde luego, la palabra escrita tiene sus antecedentes dentro de la cultura micénica y la cultura minoica,

17 Platón. *Fedro*, 230d

18 Jean-Pierre Vernant. *Op. cit.*, p. 64

pero su función, en esos casos, era la de registrar operaciones comerciales y archivarlas; de ninguna manera la intención era divulgar información. Así, existe una clara diferencia en la función y en el alcance de ambas, la palabra oral y la palabra escrita; la primera es un instrumento que permite, en tanto existe el debate, la búsqueda de la verdad, la segunda es un instrumento para divulgar y no tanto para debatir o discutir. Las limitaciones de la palabra escrita en el ámbito de la búsqueda del conocimiento son claras; resulta imposible debatir o discutir con un texto, esto es, cualquier texto no va más allá de la transmisión de información a quien lo lee. Es en el diálogo con otra persona (que haya leído el mismo texto si se quiere) cuando se hace posible la búsqueda del conocimiento; aunque en el diálogo *Menón*, Sócrates, al dialogar con un esclavo, deja entrever la posibilidad de dicha búsqueda a partir exclusivamente de la disposición para dialogar ⁽¹⁹⁾. En ese sentido, sería posible hacer una paráfrasis de las palabras que Sócrates dirige a Fedro, las cuales han sido citadas arriba, y decir: **Me gusta discutir. Y el caso es que los textos no quieren dialogar conmigo; pero sí, en cambio, los hombres de la ciudad.** No resulta difícil imaginar que estas palabras pudieran haber sido pronunciadas por el creador de la mayéutica. Seguramente Sócrates lograba percatarse de las limitaciones de la palabra escrita para solventar las dudas que surgen en cualquier ser humano, y prefería, por el contrario, dialogar, a pesar de que el resultado fuera, como en muchas ocasiones lo manifiestan los diálogos platónicos, la duda; y a

19 Cfr. Platón. *Menón*, 82b

pesar de que la conclusión de todo debate fuera el percatarse de la propia ignorancia. El agrafismo socrático no constituye, pues, una mera actitud histórica; es también el resultado de una profunda reflexión, esto es, constituye una actitud claramente filosófica.

En resumen, la cuestión socrática es insoluble tanto en el ámbito histórico como en el filosófico, lo cual tiene como consecuencia una discusión constante de la misma; aunque en cada uno de los aspectos mencionados la discusión adopta un rumbo diferente. El agrafismo es, sin duda, el elemento que contribuye con lo anterior. Una vez aclarado el carácter de la cuestión socrática, es posible revisar lo relacionado con su tratamiento.

III. EL TRATAMIENTO DE LA CUESTIÓN SOCRÁTICA

Aspectos histórico y filosófico de la cuestión socrática

De lo dicho anteriormente, es fácil percibir que la cuestión socrática presenta dos aspectos que se encuentran estrechamente relacionados, el histórico y el filosófico; aunque no son los únicos, sí son los más sobresalientes. Lo anterior no es resultado del azar. La historia y la filosofía constituyen dos rasgos fundamentales de la naturaleza humana; existe en el hombre una disposición natural que lo orienta hacia el desarrollo de los quehaceres histórico y filosófico, aunque en innumerables ocasiones no se dé una clara conciencia de los rasgos mencionados. Los aspectos histórico y filosófico de la cuestión socrática se encuentran tan estrechamente relacionados que toda investigación que gire en torno a la vida y el pensamiento del filósofo ateniense debe, además de considerarlos, tener el propósito de establecer el carácter de la mencionada relación. No basta percatarse de la relación; es necesario hacer lo pertinente para aclararla y explicarla. De esta manera, resulta poco menos que imposible comprender a Sócrates exclusivamente desde una perspectiva, así como es inconveniente el hecho de considerarlas como independientes una de la otra.

Ahora bien, es necesario, para la adecuada comprensión del tema socrático, tener en consideración que los aspectos ya mencionados deben ser tratados de diferente manera y, sobre todo, que dicho tratamiento debe responder a un conveniente planteamiento de los problemas que corresponden a cada uno de ellos.

A pesar de lo anterior, el tratamiento de la mencionada cuestión ha sido orientado, preferentemente, por el rumbo de la investigación histórico-filológica. La investigación histórica ha tratado de dilucidar, de manera especial, lo relacionado con el llamado Sócrates histórico partiendo de un prejuicio; la consideración de que las diferentes versiones que existen acerca de Sócrates no pueden corresponder a un mismo original, esto es, a una misma persona. Para explicar lo referente al prejuicio mencionado, permítaseme recurrir a los comentarios de Antonio Tovar y Alfred Taylor. Por su parte, Tovar afirma que:

Ameipsias y Éupolis toman los rasgos de un Sócrates antisténico, claramente precursor del cinismo, mientras que las Nubes nos dan un Sócrates más próximo al de los diálogos (y no solo [sic] los primeros) de Platón. Esto quiere decir que tanto en una imagen como en la otra hay un fondo de verdad histórica, pues precisamente el Sócrates real era esa extraña mezcla: en un hombre genial no pueden faltar las contradicciones más violentas. (1)

Estas "contradicciones" que no faltan en un hombre genial, según las palabras utilizadas por Tovar, explican la diferencia entre el Sócrates antisténico y el Sócrates platónico. Lo anterior quiere decir que la supuesta contradicción que se manifiesta en las diferentes versiones acerca de Sócrates surge

1 Antonio Tovar. *Op. cit.*, p. 29

con el mismo Sócrates. Esta manera de explicar la diversidad de las fuentes es resultado de una confusión o de una falta de precisión. El término **contradicción**, que es utilizado por Tovar para referirse a la personalidad de Sócrates, está empleado de modo incorrecto. Por el momento, sólo diré que la personalidad socrática no es contradictoria, lo cual será explicado después de revisar el siguiente comentario de Taylor, quien dice:

Es verdad, asimismo, que existe un contraste señalado entre el Sócrates de la comedia aristofánica, con sus "discípulos" y su "pensadero" o " taller de pensamientos", y el Sócrates platónico (o jenofónico) con su "misión" hacia cada uno de sus oyentes. Mas, cuando recordamos que Aristófanes se burla de Sócrates tal como era, o como se creía que era, en un tiempo en que Platón y Jenofonte eran poco más que niños de pecho, veremos que el contraste puede explicarse en gran parte por esa diferencia de fechas. Puede muy bien probar que Sócrates, a los cuarenta y cinco años era, en algunos aspectos, un hombre diferente del Sócrates de cincuenta y cinco o sesenta años, y la prueba de esto la suministran en realidad las obras mismas de Platón y Jenofonte si las leemos con la debida atención. (2)

Taylor utiliza el término **contraste**; sin embargo, da la impresión, por la manera como está redactado su pasaje, que se refiere a lo mismo que señala Tovar, es decir, que la causa de la diferencia se encuentra en Sócrates; Taylor dice que aquello que podría explicar el contraste de las fuentes es la diferencia en la edad del Sócrates que conoció Aristófanes y del Sócrates que conocio Platón. Intento destacar el hecho de que ambos, Tovar y Taylor, hablan de la diversidad de las fuentes y la atribuyen a Sócrates; Tovar la atribuye a la personalidad

"contradictoria" de Sócrates y Taylor la atribuye a la edad del mismo. En ambos casos se hace énfasis en la diversidad de las fuentes, pero son utilizados términos diferentes, que no son sinónimos, refiriéndose a lo mismo; Tovar habla de **contradicción** y Taylor habla de **contraste**. Para aclarar lo anterior, haré un comentario en dos niveles: el nivel de la personalidad socrática y el nivel de las fuentes.

Primero, es cierto que Sócrates fue un hombre de personalidad contrastante y ello, naturalmente, se refleja en las fuentes; entiéndase con esto que la personalidad del filósofo ágrafo se manifiesta de manera diversa en los textos en cuestión, pero nunca opuesta o contradictoria.

Segundo, las fuentes también son contrastantes, pero ello como resultado de la misma personalidad socrática; no existe contradicción en las fuentes, tan sólo hay una percepción diferente del filósofo ático, es decir, cada uno de los textos manifiesta aquello que su autor logró captar de Sócrates y no se percibe la mala intención de deformar la figura socrática o el propósito de exagerar de modo desmedido las cualidades del filósofo.

Es posible percibir el contraste de las fuentes, pero tal no debe ser entendido, necesariamente, como la existencia de contradicción en las mismas. Las fuentes no son contradictorias y, por lo mismo, no son excluyentes; sólo manifiestan los contrastes de la personalidad socrática. Considerar que las fuentes son versiones honestas en relación con la vida y el pensamiento del filósofo ateniense representa una nueva orientación del problema del Sócrates histórico, la cual conduce

a evaluarlas y trabajarlas desde una perspectiva diferente; al mismo tiempo, contribuye a eliminar el prejuicio mencionado. Sin embargo, el historiador moderno parece no darse cuenta de lo anterior y continúa siendo presa de dicho prejuicio. A continuación, abro un pequeño paréntesis para mostrar que las fuentes no son excluyentes ni contradictorias. Para ello, resumiré, sin detenerme en los detalles, la comedia aristofánica *Nubes* y, posteriormente, haré los comentarios al respecto.

Estrepsíades, un campesino casado con una mujer aristocrática y extravagante, se encuentra sumido en deudas y, para librarse de sus acreedores, decide enviar a su hijo Fidípides al llamado "pensatorio", donde Sócrates imparte sus enseñanzas, pues ha escuchado que ahí se enseña a ganar causas injustas. Fidípides, que es muy similar de carácter a su madre, se niega rotundamente a asistir y Estrepsíades decide acudir él mismo al "pensatorio".

Al llegar Estrepsíades al "pensatorio", observa a Sócrates, suspendido en una canasta, en plena contemplación. Explica sus deseos al filósofo y éste accede a convertirlo en orador. Aparecen las Nubes como dioses y, por medio de Sócrates, prometen sus favores a Estrepsíades bajo algunas condiciones; tener buena memoria, inteligencia, dedicación y hábitos de austeridad y resistencia.

Estrepsíades fracasa en su primer intento pues la enseñanza socrática no es lo que él esperaba; él sólo quiere deshacerse de sus acreedores. Sócrates le brinda una segunda oportunidad y finalmente logra aprender algo. Estrepsíades regresa a su casa y trata nuevamente de convencer a su hijo, mostrándole aquello que ha aprendido, de acudir al "pensatorio". Después de todo,

Fidípides accede y concluye su aprendizaje.

Posteriormente, Estrepsíades enfrenta a sus acreedores y consigue librarse de ellos. Fidípides, renegando de la educación que su padre le ha proporcionado, lo enfrenta, argumentando que su actuar es justo. Ante tal situación, Estrepsíades considera que haber acudido al "pensatorio" fue un error y toma la decisión de incendiar el lugar, maldiciendo a Sócrates y a sus seguidores. Hasta aquí el resumen.

Mostraré, a continuación, que la comedia de Aristófanes no se opone a otras fuentes, por ejemplo a la obra platónica; no trataré de buscar coincidencias en ambas versiones, lo cual elimina, a la vez, la posibilidad de una complementariedad de las mismas. Sólo pretendo hacer patente la diferencia y establecer que no existe razón para pensar que se refieren a personalidades diferentes.

El estilo aristofánico incide, principalmente, en la descripción que hace el comediógrafo de las situaciones que relata. Dicha descripción, es cierto, recurre al planteamiento de circunstancias extremas y ridículas como la medición del salto de una pulga, por ejemplo. Sin embargo, esto sólo pone de manifiesto que la actividad filosófica es considerada como ridícula y carente de sentido por los que ignoran su carácter, que constituyen la gran mayoría.

La ignorancia de Aristófanes, en relación con la filosofía, lo conduce a considerar a Sócrates y a sus seguidores como gente marcadamente diferente de los demás, pero sin identificar claramente en qué consiste tal diferencia; aunque, por otra parte, es definitivo que al comediógrafo no le interesa

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

descubrir dicha diferencia. La descripción que realiza del ascetismo de este grupo puede ser considerada como cruel, sin embargo, ello sólo constituye la manifestación de la superficialidad de Aristófanes, quien no ha sido capaz de advertir lo que hay más allá de tal actitud; pero, reitero, esto último no le interesa al comediógrafo.

Los intereses del grupo seguidor de Sócrates también son diferentes de los de la mayoría de la gente; el filósofo se muestra interesado en las nubes, en el trueno, etcétera, es decir, en algo que es insignificante para la mayoría. Aristófanes hace referencia a esta falta de interés en las cuestiones que él considera de mayor importancia y describe al grupo mencionado en función de su inutilidad, lo cual simplemente responde a la incomprensión del comediógrafo en torno al conocimiento filosófico. Pero además, también es justo decirlo, si a Aristófanes no le interesaba descubrir el trasfondo de la actitud de Sócrates y su grupo de seguidores, a estos últimos tampoco les preocupaba mucho aquello que pudiera pensar el primero en torno a su actividad. Por el contrario, si Sócrates y sus seguidores fueron considerados como individuos inútiles, en lo personal considero, y esto es una conjetura mía, que realmente se sentían orgullosos de "ser inútiles".

Finalmente, y esto parece ser el mensaje que intenta transmitir la comedia en cuestión, el joven Fidípides, quien representa la nueva generación, se atreve a cuestionar y a enfrentar el modelo educativo establecido, lo cual, evidentemente, no puede ser tolerado por el conservadurismo aristofánico. Aristófanes puede ser considerado como un

ciudadano realmente comprometido con la sociedad; lo más que se le puede reprochar al comediógrafo es el no haber sido capaz de advertir el trasfondo de la actividad socrática, esto es, de la actividad filosófica.

En suma, Aristófanes representa un tipo muy común de ciudadano, el cual, si bien es cierto que está comprometido, no va más allá de la aceptación de un modelo de vida superficial y vacía. Aristófanes bien pudo colocarse a sí mismo en el lugar que ocupó Estrepsíades, personaje central de su comedia. Sostengo, pues, que entre la obra de Aristófanes y la obra de Platón no existe contradicción; existe una diferencia en la manera como cada uno describe la actividad y la personalidad socráticas. El Sócrates aristofánico continúa siendo un ser muy diferente a los demás, preocupado por la búsqueda del conocimiento, que practica el ascetismo, que gusta de cuestionar y discutir aquello que es considerado por la mayoría como verdadero e incuestionable, etcétera, aunque el comediógrafo haya percibido tales rasgos de una manera superficial. Además, también se debe tener presente que no son complementarias, esto es, el Sócrates aristofánico y el Sócrates platónico, por ejemplo, aunque no se contradicen, tampoco se complementan.

Considerar que las versiones diferentes de Sócrates no pueden corresponder a un mismo original conduce, forzosamente, a su evaluación desde la perspectiva de la descalificación y la exclusión. Por ejemplo, en el caso específico de Aristófanes, se ha pensado que el propósito de su comedia no es decir la verdad, sino deformarla; en el caso de los diálogos platónicos, se ha considerado que la personalidad socrática en realidad es una

manifestación de la personalidad del propio Platón; en lo que se refiere a Jenofonte, se dice que el escaso contacto del militar con el filósofo se traduce en la falta de autoridad del primero para describir al segundo; y, desde luego, no ha faltado el comentario que considera que la literatura socrática en su conjunto es el resultado de la invención. Es justo decir que estas posiciones no son producto del capricho de los investigadores, sino de estudios minuciosos y serios. Sin embargo, bajo los lineamientos ya mencionados, la cuestión socrática se ha convertido en una exposición de criterios selectivos en torno a las fuentes; criterios que, en la mayoría de los casos, son muy cuestionables. Son numerosos los trabajos de este tipo, pero, sólo para ejemplificar, haré referencia a dos, *Doctrina socrática del alma* ⁽³⁾ de John Burnet y *Biografía platónica de Sócrates* ⁽⁴⁾ de Alfred Taylor. En el primero, el investigador incursiona en algunos aspectos filosóficos de la cuestión socrática, aquellos que se refieren al alma, pero no deja de percibirse la preferencia que se confiere al tratamiento histórico-filológico de la misma. Aunque su trabajo es, no cabe duda, muy interesante y atractivo, el tratamiento histórico no es superado del todo, y el mismo se convierte en una exposición cuyo objetivo es la atribución de valor histórico a los diálogos platónicos. En el segundo, Taylor intenta trazar un perfil biográfico de Sócrates a partir, exclusivamente, de la obra platónica. Se concluye que la obra de Platón ofrece un cuadro congruente de la personalidad socrática. A pesar de que Taylor, en este trabajo, advierte que el tratamiento será exclusivamente

3 John Burnet y Alfred E. Taylor. *Op. cit.*

4 *Ibid.*

histórico, evitando los aspectos filosóficos, ello no deja de ser un indicativo de su preferencia por los detalles históricos. Consecuencia de todo lo anterior es la idea de que el tema socrático es fundamentalmente histórico.

El horizonte dentro del cual los historiadores y los filólogos han considerado la cuestión socrática puede ser ilustrado por las palabras de John Burnet: "[...] el tratamiento de semejante tema [el socrático] tiene que ser por fuerza largamente histórico y filológico" ⁽⁵⁾. No cabe duda que el aspecto histórico-filológico del tema socrático puede ser considerado ampliamente (ya se mencionó que es el aspecto que ha sido más estudiado por los especialistas), pero no es el único camino y la investigación no necesariamente tiene que ser, como dice Burnet, **largamente histórica y filológica**. Lo anterior no quiere decir, desde luego, que la investigación histórico-filológica no sea de gran valor; simplemente considero pertinente y necesario destacar que la función y la orientación de dicha investigación deben ser objeto de un replanteamiento.

Más adelante, el mismo Burnet dice que "[...] la mejor esperanza de alcanzar una vislumbre de las cosas eternas es acercarnos a ellas por el sendero del tiempo" ⁽⁶⁾. Coincido con estas palabras del investigador escocés, pero no puedo dejar de añadir algo. Es cierto que la historia es una disciplina que ayuda a comprender el momento concreto que vivió Sócrates, pero se debe tener muy claro que ello representa sólo el primer paso para la comprensión de su pensamiento; quiero decir, que los aspectos históricos deben ser superados si se aspira, tal como

5 *Ibid.* p. 11

6 *Ibidem.*

dice Burnet, a alcanzar una vislumbre de las cosas eternas, esto es, si se pretende explicar a Sócrates como filósofo y no sólo como personaje de la historia. Sócrates es, por todo lo que ya se ha dicho, algo más que un personaje de la historia. De ninguna manera intento decir que la investigación histórico-filológica del tema socrático ha sido agotada, sin embargo, percibo la necesidad de superar el círculo vicioso en el que se ha instalado la discusión. Tal vez la historia y la filología ya han hecho lo suficiente para intentar el siguiente paso. La investigación histórica, pues, debe ser superada para abrir el campo a la investigación filosófica. Una de las tareas de la investigación filosófica consiste en aclarar el sentido de la investigación histórica, además, desde luego, del suyo propio, así como establecer el tipo de relación que debe existir entre ambas. La filosofía, pues, debe poner especial atención en el cuestionamiento del sentido y la pertinencia de los problemas que son planteados en el nivel histórico. Pero aquí, es imprescindible hacer algunas consideraciones, por lo menos de manera breve, en torno a la historia y la filosofía como rasgos del comportamiento humano.

Los comportamientos histórico y filosófico

El estudio de la historia y la filosofía constituyen dos comportamientos que, aunque diferentes, se encuentran indisolublemente relacionados. Para comprenderlos se requiere retroceder hacia sus orígenes, los cuales pueden ser ubicados dentro de la cultura griega. Ambos son el resultado de

necesidades humanas específicas. La filosofía surge como afán de saber. Esta idea de la filosofía adquiere plena madurez con Sócrates. Es este filósofo ateniense quien logra desarrollar la idea de que la naturaleza humana tiene como sello fundamental la búsqueda del saber; pero, sobre todo, que dicha búsqueda tiene como punto de partida el reconocimiento de la propia ignorancia. Es cierto que antes de Sócrates hubo otros filósofos, es decir, personas que se dedicaron a la búsqueda del saber, pero en esos casos no se percibe una clara conciencia de la condición para dicha búsqueda; es Sócrates, definitivamente, quien reconoce que la búsqueda del saber sólo es posible a partir del reconocimiento de la propia ignorancia, lo cual convierte a la actividad filosófica en un trabajo permanente.

En relación con la historia, la declaración de Heródoto, cuyo testimonio puede ser considerado como el primero que sustenta una intencionalidad histórica, ilustra sus propósitos. Dice el halicarnasense, al comienzo de su obra, que su finalidad consiste en "[...] que ni lo realizado por los hombres se desvanezca con el tiempo, ni queden sin gloria las obras grandiosas y admirables, recogidas unas por los griegos y otras por los bárbaros" (7). De esta manera, la historia surge como afán de conservar los acontecimientos que así lo merecen. En ese sentido, la memoria pasa a desempeñar un papel determinante dentro de la actividad histórica; pero además, imprime a dicha actividad el sello de la selectividad. La memoria es selectiva por naturaleza; no es posible almacenar cada experiencia dentro de la misma. Por esta razón, el conocimiento histórico se

7 Heródoto. *Historias*. I

convierte en un conocimiento fragmentario. Ahora bien, una de las características que distinguen al conocimiento filosófico es su tendencia a la universalidad, y el conocimiento histórico, en la medida en que depende de la selectividad de la memoria, tiende hacia lo particular. Lo anterior hace que uno sea condición del otro. El comportamiento filosófico es condición del comportamiento histórico en tanto que es el primero el que explica y orienta al segundo; aunque en otro sentido, los papeles pueden invertirse. Para ilustrar esto último, considérese lo siguiente. La historia está directamente relacionada con el tiempo; se recuerda lo ya pasado, pero con la intención de que no sea propiamente lo "ya pasado", con el propósito de hacerlo presente, y aun más, con la idea de una proyección hacia el futuro. Recuérdese que la intención de Heródoto es que lo realizado por los hombres no se desvanezca con el tiempo, lo cual compromete a la historia en una especie de lucha contra el tiempo. Pero, ¿qué es el tiempo? Esta es una pregunta propiamente filosófica y su respuesta, seguramente, será capaz de orientar la actividad histórica. Por otro lado, la función de la memoria por sí misma es susceptible de convertirse en algo superficial, esto es, un mero guardar o almacenar experiencias, si es que no se le sustenta por medio de una reflexión de orden filosófico. Gracias a la filosofía, es decir, a la reflexión en torno a cuestiones como la ya mencionada, la historia adquiere un sentido y una razón de ser. De esta manera, no hay historia sin filosofía; toda investigación histórica debe ser sustentada por una reflexión filosófica, de lo contrario, puede convertirse en un trabajo

superficial.

En el caso específico de la cuestión socrática, la investigación filosófica debe tomar en cuenta, definitivamente, el aspecto histórico, pero debe evitar, también, perderse en él. De lo contrario, efectivamente, el tema socrático tenderá a adoptar un tratamiento largamente histórico y filológico; y no sólo eso, adoptará un tratamiento exclusivamente histórico y filológico. ¿Cómo puede la filosofía superar el aspecto histórico de la cuestión socrática? El camino de la filosofía es el cuestionamiento. Por ello, el punto de partida de la investigación filosófica del tema socrático debe ser la duda en torno a la discusión que intenta determinar la confiabilidad histórica de las fuentes que se poseen acerca de Sócrates; discusión que se ha prolongado durante largo tiempo. La pregunta que se han planteado los historiadores puede ser formulada de la siguiente manera: ¿cuál de las fuentes es la más confiable para dilucidar lo relacionado con la vida y el pensamiento del Sócrates histórico? El resultado de este planteamiento ha sido el esfuerzo desmedido para demostrar la confiabilidad de alguna fuente por encima de las otras; esfuerzo titánico, pero que hace caso omiso de la incorrección de dicho planteamiento. Si se logra demostrar que las fuentes más importantes, Aristófanes, Jenofonte y Platón, son, en primer término, honestas y, en segundo término, versiones no completas de Sócrates, se podrá concluir que todo intento para establecer la supremacía de alguna de ellas, en el terreno histórico, ha sido, en realidad, el resultado de la incomprensión de la misma cuestión. A partir de ello, debe surgir un nuevo planteamiento y una nueva

orientación en el tratamiento del tema socrático. De cualquier modo, es conveniente hacer referencia, de manera general, a los recursos que han sido utilizados para dicho tratamiento en su aspecto histórico.

Recursos en el tratamiento de la cuestión socrática

Los recursos pueden ser reducidos, fundamentalmente, a los dos siguientes: la interpretación y el retrato. En un primer momento, la cuestión en torno a Sócrates adoptó la forma de la interpretación, entendiendo con ello su explicación y esclarecimiento. Esto se debe, en gran medida, al agrafismo socrático; los contemporáneos de Sócrates se vieron impelidos por la contrastante, de ninguna manera contradictoria, personalidad del filósofo para explicar su comportamiento, el cual se convirtió en objeto de toda una literatura. Los **discursos socráticos** ⁽⁸⁾ tenían como personaje principal a un cierto Sócrates que decía practicar la filosofía; el propósito de aquéllos consistía en explicar el sentido del actuar del filósofo y desentrañar el carácter de su actividad. Como es natural surgieron numerosas interpretaciones; en primera instancia, las de sus propios contemporáneos y, posteriormente, las de sus sucesores inmediatos. Sócrates, como ya dije anteriormente, era una incógnita aun para quienes lo conocieron; Alcibíades, al hablar del filósofo, dice "[...] oídme todavía cuán semejante es en otros aspectos a aquellos con quienes le comparé [los silenos] y qué extraordinario poder tiene, pues

⁸ Ver nota en *supra*, p. 63

tened por cierto que ninguno de vosotros le conoce" (9). Es comprensible que una persona como Sócrates despertara en los atenienses la curiosidad, la cual se tradujo, en muchos casos, en el intento para explicar su personalidad, así como sus ideas. El mismo Alcibíades trata de describir al filósofo y dice, dirigiéndose al mismo Sócrates:

Mas tú te diferencias de él sólo en que sin instrumentos, con tus meras palabras, haces lo mismo. De hecho, cuando nosotros oímos a algún otro, aunque sea muy buen orador, pronunciar otros discursos, a ninguno nos importa, por así decir, nada. Pero cuando se te oye a ti o a otro pronunciando tus palabras, aunque sea muy torpe el que las pronuncie, ya se trate de mujer, hombre o joven quien las escucha, quedamos pasmados y posesos. Yo, al menos, señores, si no fuera porque iba a parecer que estoy totalmente borracho, os diría bajo juramento qué impresiones me han causado personalmente sus palabras y todavía ahora me causan. Efectivamente, cuando le escucho, mi corazón palpita mucho más que el de los poseídos por la música de los coribantes, las lágrimas se me caen por culpa de sus palabras y veo que también a otros muchos les ocurre lo mismo. En cambio, al oír a Pericles y a otros buenos oradores, si bien pensaba que hablaban elocuentemente, no me ocurría, sin embargo, nada semejante, ni se alborotaba mi alma, ni se irritaba en la idea de que vivía como esclavo, mientras que por culpa de este Marsias, aquí presente, muchas veces me he encontrado, precisamente, en un estado tal que me parecía que no valía la pena vivir en las condiciones en que estoy. (10)

Las primeras interpretaciones, Aristófanes, Jenofonte y Platón, poseen una característica común; existe en ellas el ánimo de explicar el actuar socrático y, debido a ello, no es conveniente descalificar o desechar ninguna de las tres. En relación con el testimonio de los sucesores inmediatos, suele ser considerado como muy importante el de Aristóteles; el

9 Cfr. Platón. *Banquete*, 216c

10 Cfr. *Ibid.*, 215c

testimonio aristotélico se encuentra, preferentemente, dentro del ámbito filosófico. Finalmente, las fuentes mencionadas son interpretaciones, las cuales han dado origen, a su vez, a otras interpretaciones. La cuestión socrática se ha convertido en este sentido, en la interpretación de otra interpretación.

La investigación histórica del tema socrático debe comenzar por la aceptación de la no existencia de testimonios históricos en torno a Sócrates. Quienes trataron de explicar la actividad socrática no intentaron hacer historia (al menos, no en el sentido moderno de la misma); considerar a los discursos socráticos como documentos fieles constituye un anacronismo. Es necesario aceptar el carácter interpretativo de las fuentes, evaluándolas y manejándolas como tales. Hasta aquí lo dicho en relación con el recurso de la interpretación.

El segundo recurso más utilizado en el tratamiento de la cuestión socrática (y que tiene como punto de partida las fuentes ya mencionadas) es el retrato, entendiendo con ello la descripción detallada y completa de la vida de Sócrates. Aunque es posible establecer una distinción entre la biografía y el retrato, no voy a entrar aquí en esa discusión pues considero que dicha distinción no cambia la esencia de las siguientes consideraciones. Dice Taylor:

La biografía, como forma literaria aceptada, sólo aparece entre los griegos en el siglo III a.C. (300 - 200 a.C.) y es característica de la edad alejandrina. Los filósofos, como los poetas, se habían convertido por aquel tiempo en objetos de curiosidad para el público lector, y más de un autor se dedicó a satisfacer esta curiosidad. Las obras entonces producidas han desaparecido; pero su sustancia se conserva en las *Vidas de filósofos*, que llevan el nombre, por lo demás descono-

cido, de Diógenes Laercio, y que, en su forma final, datan del 200 a.C. aproximadamente. La referencia a Sócrates en esta obra sigue siendo el resumen mayor de todo lo conocido o conjeturado acerca del tema por hombres de letras que vivieron bajo los Ptolomeos [sic] posteriormente. Desde luego, en él se conservan algunas afirmaciones de gran valor, garantizadas por el nombre de autores anteriores. (11)

Así, la biografía aparece largo tiempo después de los primeros intentos para explicar la actividad socrática. Es fácil inferir que este tipo de trabajos, al encontrarse mucho más alejados, sus autores, de la época en que vivió Sócrates, presentan características diferentes a la interpretación. La biografía y el retrato pretenden, más que explicar, describir la vida y el pensamiento del filósofo ateniense. Es importante tener presente lo anterior para el adecuado manejo de los mismos.

En torno al retrato, me permito recordar las palabras de Alfonso Méndez Plancarte, las cuales son citadas por Antonio Gómez Robledo en el prólogo de *Sócrates y el socratismo*, y que justifican el propósito de este último para elaborar un retrato del filósofo ateniense. Méndez Plancarte dice: "Raro será el amor al que le baste un solo retrato. Más bien los multiplica, y se goza hallando en cada uno algún detalle — actitud o expresión, perfil o pliegue, mirada o sonrisa, misterio o claridad—, que falta o que no luce tan logrado y neto en los otros" (12).

Al considerar las palabras anteriores, es posible percatarse de otra característica del retrato; responde, en gran medida, a motivaciones personales. La descripción de la vida de una

11 Alfred E. Taylor. *Op. cit.*, p. 11

12 Antonio Gómez Robledo. *Op. cit.*, p. 7

persona se encuentra en función del ángulo particular de quien la elabora. El retrato, en ese sentido, puede resultar algo muy similar a lo que Taylor llama construcción personal, lo cual ya fue comentado en el capítulo anterior. No son pocos los retratos de Sócrates que han sido elaborados en poco menos de veinticuatro siglos y la colección crece día con día.

Puesto que todo retrato resulta insuficiente para reflejar cabalmente a la persona amada y puesto que, por más extensa que sea la colección de los mismos, siempre quedará algo más, una nueva perspectiva, un nuevo detalle, resulta de muy poca relevancia la cantidad de retratos que se posean. ¿Qué diferencia puede existir, para quien verdaderamente ama, si se posee un solo retrato o infinidad de ellos? Ninguna. Bien pudiera tomarse la determinación de arrojarlos al cesto de la basura y concentrar la atención en la persona en cuestión. Lo anterior, sin embargo, si bien es cierto que constituye una alternativa, es, al mismo tiempo, una decisión extrema.

Quiero decir, con lo anterior, que el filósofo que verdaderamente admira a Sócrates no se conforma con retratos, siempre buscará algo más, pero no necesariamente debe desecharlos. En todo caso, debe tener presente que todo retrato lo refleja de manera parcial y limitada y, por esa razón, también debe advertir la posible trampa que representa, pues la consecuencia pudiera ser el que se le rinda tributo al retrato y no a la persona. En ese sentido, considero que cualquier retrato de Sócrates debe ser la vía de acceso a la persona del filósofo y no un fin en sí mismo.

Es posible mencionar ejemplos de quienes han utilizado el recurso del retrato para el tratamiento del tema socrático. Destacaré uno en particular, la *Biografía platónica de Sócrates* de Alfred Taylor. Debo aclarar que el trabajo mencionado no deja de ser interesante, pero, aunque el investigador advierte que es sólo un ensayo y no el resultado de una profunda investigación, no deja de insistir en sus consideraciones en torno al Sócrates histórico. Pocos son, en cambio, los ejemplos de quienes, no conformándose con el retrato, prefieren la búsqueda de Sócrates por medio de la filosofía; el único que puedo mencionar en este momento, es Platón. Los diálogos platónicos son el resultado de una búsqueda que intenta desentrañar el carácter de la actividad socrática.

En resumen, las obras de los contemporáneos de Sócrates, fundamentalmente de Aristófanes, Jenofonte y Platón, son interpretaciones de la actividad y la personalidad socráticas. La tradición posterior se dedicó, en gran medida, a elaborar retratos a partir de dichas interpretaciones. La investigación histórico-filológica debe tener presentes las características y el alcance de los recursos mencionados para su manejo adecuado.

¿Cómo debe ser tratada la cuestión socrática?

El tratamiento de la cuestión socrática debe concentrar la atención en la comprensión del pensamiento socrático. La pregunta inicial, pues, debe ser formulada de la siguiente manera: ¿Cómo debe ser tratada la cuestión socrática? Para ser consecuente con el estilo socrático, indicaré, en primera

instancia, cómo no debe ser tratada la cuestión y, posteriormente, haré algunas consideraciones que pueden ser el punto de partida para una investigación de orden filosófico.

1. No se debe elaborar una nueva interpretación de Sócrates. Existen tres testimonios lo suficientemente reconocidos, Aristófanes, Jenofonte y Platón, cuya mejor carta de presentación es el hecho de que tienen como punto de referencia al Sócrates real. En ese sentido, toda interpretación posterior, incluyendo la de Aristóteles, en la medida en que surja de las tres primeras, se convertirá necesariamente en la interpretación de una interpretación, lo cual, seguramente, puede provocar algunas confusiones.

Es comprensible que en el ámbito histórico hayan surgido trabajos que interpretan las fuentes con el propósito de reconstruir la vida y el pensamiento de Sócrates, pero la investigación filosófica debe ir más allá de la interpretación y proyectar una construcción del pensamiento socrático. Quienes han tratado de investigar el pensamiento socrático, en realidad lo que han hecho, en muchas ocasiones, es interpretar las fuentes y se han olvidado de Sócrates. Como resultado de lo anterior, existen trabajos excelentes en torno a Aristófanes, Jenofonte y Platón, pero, en esa medida, Sócrates ha quedado ligado a los autores mencionados y, así, se habla, por ejemplo, del Sócrates aristofánico, del Sócrates jenofónico o del Sócrates platónico. Pero, ¿será posible investigar el pensamiento socrático superando la interpretación de las fuentes?, es decir, ¿será posible hablar de Sócrates desligándolo de sus principales intérpretes? Lo anterior no es,

en modo alguno, fácil de resolver.

Por otro lado, ¿qué representa la superación de tales interpretaciones? Significa, en gran medida, colocar en un primer plano a la actividad socrática y en un segundo plano a la persona de Sócrates. Ya se dijo que el diálogo *Apología* puede ser considerado, más que una defensa de la persona de Sócrates, como una defensa de la actividad filosófica, lo cual conduce a la idea de que el problema del Sócrates histórico constituye una cuestión secundaria o, en todo caso, subordinada, esto es, que debe ser dilucidada sólo a partir de la cuestión de la actividad filosófica de Sócrates.

¿Cómo debe ser entendido lo anterior? En el inicio del segundo capítulo se dijo que, según las palabras de Taylor, tal vez la única afirmación que es indiscutible en torno a Sócrates es aquella que se relaciona con su condena y su muerte. Yo afirmo que si existe algo indiscutible en torno a Sócrates es que practicó la filosofía y que no dejó testimonio escrito de sus ideas. En ese sentido, el agrafismo y su relación con la actividad socrática, primero, y con la filosofía, después, pudiera representar el punto de partida para lograr una comprensión de la filosofía que sea algo más que una interpretación de las fuentes ya mencionadas, es decir, el punto de partida para una construcción de la filosofía socrática. Recuérdese que el agrafismo es un fenómeno que debe ser explicado desde la perspectiva filosófica.

2. No es conveniente, tampoco, realizar una elección entre las tres interpretaciones mencionadas con la idea de que alguna de ellas pudiera ser la más fiel o la más histórica. No existe

una razón consistente para pensar que alguna sea preferible a las otras; a lo sumo, es posible encontrar algunas conjeturas de los especialistas en torno a su confiabilidad histórica. Los tres testimonios son el resultado de la percepción particular de sus respectivos autores en relación con Sócrates. El hecho de atribuirle valor histórico a fuentes que por esencia no lo son, tiene como clara consecuencia que en algunas ocasiones se prefiera a una de ellas, otras veces a otra, o, incluso, las tres simultáneamente. Así, la elección de alguna fuente por encima de otras, bajo la perspectiva histórica, ha resultado ser una especie de círculo vicioso en el que a veces existen argumentos en favor de una, pero cuando surgen argumentos en contra, se prefiere otra, y así sucesivamente. Pero también es inconveniente proceder así en el ámbito filosófico. Las tres fuentes mencionadas, en tanto interpretaciones, merecen el mismo crédito y deben ser manejadas con una perspectiva filosófica; en el caso específico de Sócrates, no se debe perder de vista el agrafismo.

El afán histórico de algunos investigadores ha colocado a Sócrates en un terreno que no le es del todo propicio, el de la historia. Ese mismo afán se ha convertido en un intento desmedido para considerar a Sócrates como objeto histórico; el resultado, la orientación de la cuestión socrática hacia un terreno de confusión. De todos los filósofos, pudiera ser que el más dinámico, el más versátil, y el que más se resiste a la estaticidad de la determinación histórica es Sócrates, lo cual puede ser resultado de su agrafismo, pero pareciera que los historiadores son, en algún sentido, enemigos del movimiento, de

aquello que no es posible fijar en un momento histórico determinado, como es el caso de Sócrates; sólo para ejemplificar, diré que el solo hecho de no poder situar con exactitud la fecha del nacimiento y la muerte del filósofo ágrafo les provoca un serio conflicto. El creador de la mayéutica es, ante todo, un filósofo que conserva la misma presencia después de casi veinticuatro siglos de haber sido condenado injustamente. Parece ser que los historiadores se niegan a entender lo anterior, lo cual puede ser natural por las características de la disciplina que desarrollan, pero tampoco lo han entendido algunos filósofos, y esto último es más grave. El filósofo que considere que la cuestión socrática ha sido superada y que Sócrates no es un problema actual, simple y sencillamente debe considerar una lectura más atenta de las fuentes.

Lo que procede, en este caso, es colocar a Sócrates en el terreno que le es familiar, el de la filosofía; se debe abrir el campo de la investigación filosófica en torno a Sócrates. Esto es, colocar al filósofo como objeto de una construcción permanente, la cual debe ser actualizada día con día. Con esto último no quiero decir que tal no haya sido intentado. Sócrates, hoy día, es tan actual como hace veinticuatro siglos y, por ello, se resiste a todo intento de reconstrucción; lo que exige es una construcción filosófica. Construcción que debe considerar muy seriamente el agrafismo. Sólo para mencionar algunas ideas, podría hacerse una reflexión en torno de lo que diré a continuación. El proyecto socrático es un proyecto agráfico; el agrafismo se convierte en una cuestión fundamental dentro del

desarrollo del ejercicio filosófico. El lenguaje oral no agota las cuestiones filosóficas, y la escritura, mucho menos. El pensamiento socrático es un proyecto que va más allá del lenguaje escrito. Paradójicamente, la filosofía escrita se convierte en algo inaccesible, aunque la función de la escritura sea la difusión y la publicidad. Tal vez el mensaje socrático podría ser enunciado de la siguiente manera: "La filosofía no se escribe; se discute, se dialoga".

3. También es inconveniente la elaboración de nuevos retratos de Sócrates, los cuales deben partir necesariamente de las interpretaciones ya mencionadas. Elaborar un nuevo retrato de Sócrates contribuye a aumentar el gran círculo vicioso de la investigación histórica. ¿Cuál es el objetivo de todo retrato? Describir, en este caso, a Sócrates, intentar fijarlo y determinarlo históricamente. Lo anterior va en contra de la esencia de las tres interpretaciones, las cuales colocan a Sócrates como objeto de discusión, de una discusión permanente. Si se quiere comprender el pensamiento socrático, se debe considerar que el recurso del retrato puede cancelar la discusión al fijar, al determinar a Sócrates. Por ello, debe ser replanteado su valor en relación con la cuestión socrática. Ésta surge como interpretación, como explicación, como intento para comprender a Sócrates.

En conclusión, afirmo que la cuestión socrática es una cuestión fundamentalmente filosófica y que su tratamiento debe superar algunos prejuicios que han sido la directriz dentro de la investigación histórico-filológica (recuérdese que en el comienzo de este capítulo mencioné uno de esos prejuicios). Por

ello, el tratamiento de dicha cuestión debe ser de carácter filosófico, lo cual permitirá, en gran medida, orientar la investigación histórico-filológica de una manera adecuada. Dicho tratamiento debe considerar seriamente el agrafismo socrático como un elemento imprescindible dentro del proyecto filosófico de Sócrates. Y he dicho **proyecto filosófico** con toda la intención de hacer notar que la filosofía socrática no es un sistema, es más que eso (el lector atento seguramente habrá notado que, al iniciar el primer capítulo de este trabajo, hice referencia al pensamiento socrático como **proyecto filosófico**). Después de todo, Maier tenía razón al considerar que el pensamiento socrático no constituye un sistema, pero erró al concluir que Sócrates fue solamente un maestro de moral y no un filósofo en el sentido propio del término. El carácter del pensamiento socrático, es decir, el ser un proyecto, se traduce en la actualidad y la vigencia permanentes. La filosofía tiene la tarea de desentrañar y comprender dicho proyecto filosófico.

CONCLUSIONES

Con la finalidad de evaluar el presente trabajo, procederé, en primera instancia, a recapitular el contenido del mismo y señalar la respuesta al problema central. Posteriormente, haré algunas consideraciones en torno de la investigación realizada.

El pensamiento socrático constituye un momento crucial dentro de la historia de la filosofía y ha sido el punto de partida para el planteamiento de numerosos problemas; sin embargo, el tema socrático también ha sido terreno propicio para la confusión, lo cual se debe, en gran medida, al agrafismo socrático. El agrafismo de Sócrates ha obligado a los investigadores a recurrir a otras fuentes, pero el tratamiento de dichas fuentes, el cual ha sido fundamentalmente histórico-filológico, ha desembocado en el planteamiento de algunos problemas que rebasan la naturaleza de aquéllas. Así pues, las fuentes requieren un tratamiento diferente, un tratamiento filosófico; no se trata, entonces, de indagar acerca de su fidelidad histórica, sino de explicar en qué medida constituyen un intento orientado hacia la comprensión del pensamiento socrático. Pero esto sólo puede adquirir sentido una vez que se determine el carácter de la cuestión socrática.

La cuestión socrática es insoluble, lo cual es resultado de varios factores; dentro de esos factores, el agrafismo puede ser considerado como el de mayor importancia. Lo anterior hace que

todo, dentro del tema socrático, sea discutible, comenzando con las mismas fuentes. La insolubilidad de la cuestión socrática, la cual conduce a una discusión permanente, hace que el camino de la reconstrucción histórica de Sócrates, que ha sido el preferido de la investigación histórico-filológica, no sea el más adecuado. El tratamiento de las fuentes debe estar orientado hacia la construcción histórica de Sócrates. ¿En qué debe consistir dicha construcción? Esta cuestión no es abordada en este trabajo ya que requiere un tratamiento especial. Sin embargo, es posible determinar que debe ser la filosofía la que se encargue de sustentar dicha construcción.

Finalmente, existen dos aspectos de la cuestión socrática que han sido más estudiados, el histórico y el filosófico. Cada uno de ellos requiere un tratamiento específico, pero dicho tratamiento debe considerar el carácter de la cuestión, así como el de las fuentes. La investigación histórico-filológica ha abordado el tema socrático partiendo de un prejuicio; la línea general de los historiadores y los filólogos ha sido considerar que las diferentes versiones de Sócrates no pueden corresponder con una misma persona, esto es, que las fuentes son excluyentes. Es evidente que las fuentes son contrastantes, pero ello no significa, necesariamente, que sean contradictorias. Así pues, es la investigación filosófica la que debe orientar y darle sentido a la investigación histórico-filológica. Por ello, el tratamiento de la cuestión socrática debe ser fundamentalmente filosófico.

El problema central del presente trabajo fue formulado de la siguiente manera: ¿Cómo debe ser tratada la cuestión socrática?

En la hipótesis de trabajo se estableció que la cuestión socrática es, sobre todo, una cuestión de carácter filosófico, lo cual intenté demostrar a lo largo del trabajo. Así, la respuesta del problema central es que la cuestión socrática debe ser tratada filosóficamente.

Por otro lado, si es posible destacar algún logro dentro del presente trabajo, ello sería el haber hecho énfasis en el agrafismo socrático como un fenómeno de carácter filosófico dentro del cual se cifra gran parte del pensamiento de Sócrates. Aunque no profundizo en el tema del agrafismo, sí señalo que un estudio serio del mismo podría constituir un elemento clave para la comprensión del proyecto socrático.

En relación con el contenido del trabajo, solamente diré que el tema socrático, por sí mismo, representa un gran atractivo para todo aquel que se interesa por la filosofía. Si he logrado capturar la atención del lector a lo largo del texto, ello se debe, en gran medida, a la naturaleza del tema. Por otra parte, he tratado, en todo momento, de exponer mis ideas de la manera más clara y sencilla posible, así como de alejarme de la exposición erudita de información, lo cual, estoy definitivamente convencido, hubiera contribuido a confundir al lector no especializado en el tema.

Finalmente, de lo expuesto en el presente trabajo, es posible señalar el surgimiento de una nueva pregunta, la cual puede ser formulada de la siguiente manera: ¿En qué medida un estudio adecuado del agrafismo puede contribuir a dilucidar y esclarecer el sentido de la filosofía socrática? Esta pregunta, muy pertinente, es materia para una nueva investigación.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristófanes. **Las once comedias.** México, Editorial Porrúa, 1996.
- Burnet, John y A. E. Taylor. **Varia socrática.** México, UNAM, 1990.
- Cornford, Francis M. **Sócrates y el pensamiento griego.** Madrid, Editorial Norte y Sur, 1964.
- Gaos, José. **Los orígenes de la filosofía y de su historia.** Xalapa, Universidad Veracruzana, 1960.
- Gil Fernández, Luis. **Aristófanes.** Madrid, Editorial Gredos, 1996.
- Gómez Robledo, Antonio. **Sócrates y el socratismo.** México, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.
- Guthrie, W. K. C. **Historia de la filosofía griega.** Vol. III. Madrid, Editorial Gredos, 1986.
- Hegel, G. W. F. **Lecciones sobre la historia de la filosofía.** Vol. II. México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Heródoto. **Historias.** Vol. I. México, UNAM, 1985.
- Jenofonte. **Recuerdos de Sócrates/ Banquete / Apología.** México, UNAM, 1993.
- Kahler, Erich. **¿Qué es la Historia?** México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Luri Medrano, Gregorio. **El proceso de Sócrates.** Prólogo de Carlos García Gual. Madrid, Editorial Trotta, 1998.
- Platón. **Diálogos.** Vol. I. Madrid, Editorial Gredos, 1985.
- Platón. **Diálogos.** Vol. II. Madrid, Editorial Gredos, 1987.
- Platón. **Diálogos.** Vol. III. Madrid, Editorial Gredos, 1986.
- Platón. **Diálogos.** Vol. VII. Madrid, Editorial, Gredos, 1992.
- Taylor, A. E. **El pensamiento de Sócrates.** México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Tovar, Antonio. **Vida de Sócrates.** Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- Tucídides. **Historia de la guerra del Peloponeso.** Madrid, Editorial Cátedra, 1988.
- Vernant, Jean Pierre. **Los orígenes del pensamiento griego.** Barcelona, Ediciones Paidós, 1992.
- Zeller, Eduard. **Sócrates y los sofistas.** Buenos Aires, Editorial Nova, 1955.